

# LA GUERRA EUROPEA







# LA GUERRA



# EUROPEA



BIENOTECNA MUNICIPAL  
MADRID

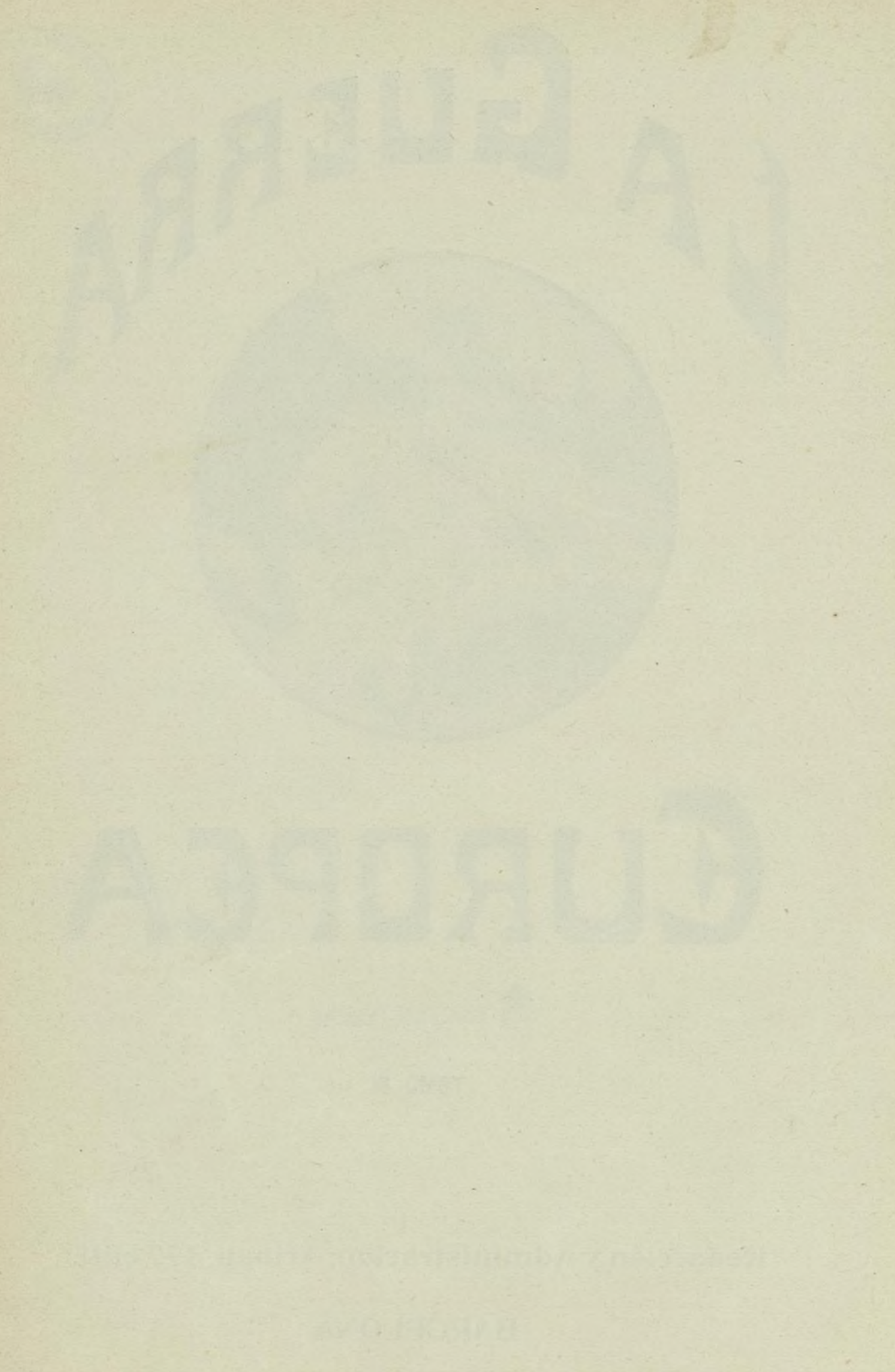
TOMO IV

Redacción y Administración: Aribau, 177 entl.º

BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid









## INDICE DEL TOMO CUARTO

	Págs.		Págs.
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. Síntomas de descomposición.—II. Cuestiones de orden financiero.—III. Ukraina contra Polonia. . . . .	1	curso interesante . . . . .	81
La burocracia rusa. . . . .	3	La vida en el cabo Helles. . . . .	83
La batalla de Lorena . . . . .	5	Conversaciones de la guerra . . . . .	86
Conversaciones de la guerra . . . . .	7	Escenas de la vida militar en Strumpitza . . . . .	87
Cuándo llegará el principio del fin . . . . .	11	CRÓNICA MILITAR.—I. Acerca de la unidad de acción de los aliados.—II. El error de la expedición a Salónica.—III. La situación del ejército franco-inglés en Macedonia.—IV. La campaña contra Serbia.—V. La situación el 27 de noviembre . . . . .	91
CRÓNICA MILITAR.—I. El frente austro-alemán en Rusia.—II. Ojeada general sobre la marcha de la guerra.—III. Sobre la anunciada expedición de los aliados en socorro de Serbia.—IV. La campaña contra Serbia.—V. La situación el 24 de octubre . . . . .	11	CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. Lo inevitable.—II. El descontento en Inglaterra.—III. La situación en los Balkanes . . . . .	97
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. La crisis política en Francia.—II. Briand y la paz.—III. Rusia y los Balkanes.—IV. Grecia y los aliados . . . . .	17	¿Se llegará a Egipto? . . . . .	99
La batalla de Tannenberg . . . . .	19	Las alambradas y su destrucción. . . . .	100
Conversaciones de la guerra . . . . .	22	Conversaciones de la guerra . . . . .	106
Fugitivos por fuerza . . . . .	26	La verdad sobre la batalla de los Dardanelos el 18 de marzo de 1915 . . . . .	107
CRÓNICA MILITAR.—I. Peligros que se derivan de un ataque a fondo en el frente occidental.—II. Consecuencias de la invasión de Serbia, en los demás teatros de la guerra.—III. La derrota del ejército ruso.—IV. La campaña en Serbia.—V. La situación el 1.º de noviembre. . . . .	27	El discurso del trono del Sultán de Turquía . . . . .	109
Hindenburg. Su batalla de invierno en Masuria. . . . .	33	CRÓNICA MILITAR.—I. Sobre la unidad de acción en las alianzas.—II. Motivos del fracaso de la expedición a Macedonia.—III. La próxima campaña en Macedonia, contra los aliados.—IV. La situación el 3 de diciembre . . . . .	110
Los medios de combate en la guerra de hoy. . . . .	36	CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. El debe y el haber.—II. El buen y el mal pagador.—III. El ocaso del sol inglés en Asia. . . . .	113
Conversaciones de la guerra . . . . .	38	Bulgaria y la decisión de la guerra . . . . .	115
La mano derecha del general Joffre. El general Castelnau . . . . .	39	Conversaciones de la guerra . . . . .	117
CRÓNICA MILITAR.—I. El objetivo de los aliados en Macedonia.—II. Superioridad del alto mando alemán.—III. El empleo de la caballería en la batalla de la Champagne.—IV. El término de una era, en la historia militar.—V. Probable invasión de la Mesopotamia.—VI. La campaña contra Serbia.—VII. La situación el 7 de noviembre. . . . .	42	La evolución de la marina de guerra . . . . .	119
El «sistema» del Gran Estado Mayor Alemán. . . . .	49	Con el ejército del general Sarraill . . . . .	119
Conversaciones de la guerra . . . . .	50	Los errores de los ingleses en Oriente . . . . .	123
Hindenburg. Su batalla de invierno en Masuria. (Continuación). . . . .	52	CRÓNICA MILITAR.—I. El principio de la división del trabajo aplicado a la guerra.—II. Acerca de la nueva campaña en Rusia.—III. La campaña en Mesopotamia.—IV. La situación el 10 de diciembre. . . . .	124
Cómo se perdió el «Majestic». . . . .	54	CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. Consecuencias del pacto de Londres.—II. Persia y los países mahometanos.—III. La actitud de Grecia . . . . .	129
La carga de caballería de los cazadores africanos el 19 de agosto de 1914 . . . . .	58	La cuestión del Adriático. . . . .	131
CRÓNICA MILITAR.—I. La organización alemana.—II. El término del reinado de las armas de fuego.—III. La campaña en Serbia.—IV. La situación el 13 de noviembre . . . . .	60	Conversaciones de la guerra . . . . .	132
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. El ferrocarril Belgrado-Sófia-Constantinopla.—II. La situación de Inglaterra.—III. Entrevista significativa . . . . .	63	Al frente austro-húngaro en Galizia. (En Viena en «Kriegszeit»). . . . .	135
Hindenburg. Su batalla de invierno en Masuria. (Conclusión). . . . .	67	Los monitores del Egeo . . . . .	139
Los ferrocarriles de Turquía Asiática . . . . .	68	Pérdidas de los rusos en la batalla de Augustovo . . . . .	140
Conversaciones de la guerra . . . . .	71	CRÓNICA MILITAR.—I. La campaña en los Balkanes, como preliminar de una ofensiva contra Rusia.—II. Dónde tendrán lugar las últimas operaciones de la guerra.—III. Las causas del fracaso de los ataques a los Dardanelos.—IV. Las bajas del ejército y armada británicos.—V. La campaña en Macedonia.—VI. La situación el 16 de diciembre . . . . .	141
La batalla decisiva de Vilna . . . . .	74	CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. Los dos sistemas.—II. El canciller alemán y la paz.—III. La actitud de Grecia . . . . .	145
CRÓNICA MILITAR.—I. Métodos de instrucción de las nuevas formaciones militares inglesas.—II. Caracteres distintivos de la ofensiva de los varios beligerantes.—III. Las operaciones en Rusia.—IV. La situación el 20 de noviembre . . . . .	76	Al frente austro-húngaro en Galizia. (En el cuartel de la prensa de guerra) . . . . .	147
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. Grecia.—II. Un dis-		Conversaciones de la guerra . . . . .	149
		El fracaso de la oficialidad inglesa . . . . .	151
		Más de medio mundo en guerra . . . . .	154
		CRÓNICA MILITAR.—I. El organismo director de	



Págs.	Págs.
la guerra.—II. La campaña de los aliados en Macedonia.—III. El error de la ocupación de Salónica.—IV. El dualismo en el mando durante la campaña en Macedonia.—V. La suspensión del ataque a Salónica.—VI. La situación el 22 de diciembre . . . . .	154
Al frente austro-húngaro en Galizia. (Ojeada histórico-geográfico-militar sobre Galizia y los Cárpatos) . . . . .	161
La cuestión del Mediterráneo . . . . .	163
Nuestro objetivo de guerra inmediato . . . . .	163
Conversaciones de la guerra . . . . .	171
CRÓNICA MILITAR.—I. Verdun y las futuras operaciones en Francia.—II. Los errores militares de Inglaterra.—III. La evacuación de Gallipoli por los ingleses.—IV. La situación el 30 de diciembre . . . . .	172
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. El fracaso de dos campañas de opinión.—II. El cambio de régimen político en China.—III. La unión comercial de los Imperios centrales . . . . .	177
Al frente austro-húngaro en Galizia. (Del cuartel de la guerra a Koschau) . . . . .	179
¡Divide y vencerás! . . . . .	181
Conversaciones de la guerra . . . . .	182
La batalla naval del Doggerbank . . . . .	183
CRÓNICA MILITAR.—I. Sobre la preparación militar de los beligerantes, al estallar la guerra.—II. El peligro de Libia y el ataque a Egipto.—III. Supremacía del ejército sobre la marina en la presente guerra.—IV. Indicios de una próxima campaña en Rusia.—V. La acción de los aliados contra la expedición de los alemanes a Oriente.—VI. La situación el 7 de enero de 1916 . . . . .	186
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. Inglaterra y Rusia. II. La crisis íntima de Inglaterra.—III. El reclutamiento obligatorio en Inglaterra y su significación . . . . .	193
La literatura de la guerra (Historia). . . . .	195
Conversaciones de la guerra . . . . .	198
Serbia, bajo la invasión . . . . .	200
CRÓNICA MILITAR.—I. La economía de vidas en los métodos alemanes.—II. La cuestión de Salónica.—III. Las batallas en Galizia y Volinia.—IV. La situación el 12 de enero de 1916 . . . . .	203
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. La situación de los dos grupos de beligerantes.—II. La asamblea nacional de la India.—III. La ley del servicio obligatorio y el Parlamento británico . . . . .	209
1915-1916 . . . . .	212
Conversaciones de la guerra . . . . .	213
La batalla naval del Doggerbank. (Conclusión). . . . .	215
CRÓNICA MILITAR.—I. Defectos de la organización militar inglesa.—II. Las operaciones de los ingleses en Gallipoli.—III. El mando supremo y las operaciones en Gallipoli.—IV. La paralización de la ofensiva alemana y las futuras operaciones.—V. La situación el 18 de enero de 1916 . . . . .	219
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. El camino de Oriente.—II. Los grandes y los pequeños.—III. En el Occidente de Asia.—IV. Montenegro y la Cuádruple . . . . .	225
Grecia y los aliados . . . . .	229
Las operaciones en Ctesifón . . . . .	231
Conversaciones de la guerra . . . . .	231
CRÓNICA MILITAR.—I. Hindenburg y Mackensen.—II. El esfuerzo militar de Inglaterra.—III. La campaña contra Montenegro y la superioridad de fuerzas.—IV. Los ataques a la costa belga en 1915.—V. La última ofensiva de los rusos.—VI. La situación el 24 de enero . . . . .	234
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. Chispazos del servicio obligatorio en Inglaterra.—II. Italia y sus aliados.—III. El bloqueo marítimo. . . . .	241
Al frente austro-húngaro en Galizia (Stary-Sambor-Sambor). . . . .	243
Conversaciones de la guerra . . . . .	246
El Czar en campaña . . . . .	247
CRÓNICA MILITAR.—I. Los dos sistemas en la dirección de la guerra.—II. La potencialidad militar de Austria-Hungría.—III. Demasiado tarde y demasiado pronto.—IV. La ofensiva alemana en Francia.—V. La situación el 30 de enero. . . . .	250
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. El bloqueo marítimo de los imperios centrales.—II. Consecuencias prácticas de la ley del servicio obligatorio.—III. Los japoneses en Oriente.—IV. Montenegro.—V. Un aspecto del bloqueo . . . . .	257
Un novísimo método de guerra . . . . .	260
Al frente austro-húngaro en Galizia. (La prehistoria de la ruptura del frente ruso en el Duna-jec) . . . . .	262
Granadas de mano. . . . .	267
CRÓNICA MILITAR.—I. El apoyo mutuo entre los aliados.—II. El avión Fokker.—III. La acción de los zeppelines.—IV. La situación el 5 de febrero . . . . .	269
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. El Canadá.—II. La actitud de Wilson.—III. Los rumores de paz . . . . .	273
Granadas de mano (Conclusión) . . . . .	275
¿Por qué continúa la guerra? (I. Los aliados) . . . . .	277
Al frente austro-húngaro en Galizia. (Lemberg) . . . . .	278
Conversaciones de la guerra . . . . .	281
CRÓNICA MILITAR.—I. La oficialidad de complemento.—II. ¿Van a cambiar los métodos de guerra?—III. Precauciones contra los zeppelines.—IV. Las operaciones en el frente occidental.—V. La situación el 11 de febrero . . . . .	283
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. Alemania y los Estados Unidos.—II. Salónica.—III. Rumanía.—IV. Italia . . . . .	289
¿Por qué continúa la guerra? (II. Los imperiales) . . . . .	291
Conversaciones de la guerra . . . . .	293
La radiotelegrafía en la marina . . . . .	295
CRÓNICA MILITAR.—I. La paralización de las operaciones.—II. El espionaje.—III. La ofensiva alemana en el frente occidental.—IV. La situación el 17 de febrero . . . . .	299
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. La ruina financiera de Rusia.—II. Armonías imperiales.—III. Una nota consoladora . . . . .	305
El horror de los horrores . . . . .	307
Conversaciones de la guerra . . . . .	310
Maubeuge . . . . .	311
CRÓNICA MILITAR.—I. La educación del patriotismo y la guerra futura.—II. Las reservas en hombres de Alemania.—III. Las operaciones en el Cáucaso.—IV. La situación el 23 de febrero . . . . .	316
CRÓNICA INTERNACIONAL.—La usurpación y el derecho de conquista.—II. Lección que merece ser imitada.—III. El espectáculo de Francia.—IV. Predicar en el desierto . . . . .	321
La batalla de Soissons. . . . .	323
Conversaciones de la guerra . . . . .	326
El Arethusa . . . . .	327
La carestía de la vida en Rusia . . . . .	330
CRÓNICA MILITAR.—I. La lucha por el dominio del aire.—II. Aparición del factor moral en la presente guerra.—III. La premisa de la futura ofensiva.—IV. Verdun.—V. La situación el 29 de febrero . . . . .	331
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. El Czar y la Duma. II. El delirio de millones.—III. Dos discursos interesantes.—IV. Síntomas de debilidad en Rusia . . . . .	337
Las matanzas de Verdun . . . . .	340
¡Ojo por ojo, diente por diente! . . . . .	342
Conversaciones de la guerra . . . . .	346
CRÓNICA MILITAR.—I. Los ataques alemanes y los franco-ingleses.—II. Verdun y el error alemán.—III. Sobre la preparación del ataque a Verdun.—IV. Las batallas de Verdun.—V. La situación el 6 de marzo . . . . .	347
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. Verdun y la paz.—II. La cuestión de los fletes.—III. Lord Northcliffe . . . . .	353
Entre campos de batalla . . . . .	355
Los combates de Münster . . . . .	357
Conversaciones de la guerra . . . . .	359
Detalles de las batallas de Verdun . . . . .	363
CRÓNICA MILITAR.—I. La causa de la multiplicidad de esfuerzos de los aliados.—II. La resolución contra la prudencia.—III. Verdun y las futuras operaciones.—IV. La situación el 12 de	



	Págs.
marzo . . . . .	364
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. El presupuesto inglés.—II. El nuevo beligerante.—III. El egoísmo de los poderosos de la tierra . . . . .	369
El pangermanismo. . . . .	372
El combate de Hurtebisse. . . . .	374
Las doce amigas . . . . .	374
Conversaciones de la guerra . . . . .	378
Los tres habitantes de Verdun. . . . .	379
CRÓNICA MILITAR.—I. Consecuencias inmediatas de los ataques a Verdun.—II. Adopción de los cascos de acero por el ejército inglés.—III. Los dos objetivos alemanes en Verdun.—IV. La situación el 19 de marzo. . . . .	380
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. A vueltas con el mismo tema.—II. Esperanzas ilusorias.—III. Las nacionalidades redimidas.—IV. La situación interior de Italia. . . . .	385
El Kaiser en campaña. . . . .	388
Conversaciones de la guerra . . . . .	390
El éxodo ruso . . . . .	394
La Besarabia . . . . .	395
CRÓNICA MILITAR.—I. La actitud de Turquía.—II. El método de ataque a las posiciones atrincheradas.—III. La importancia y proporcionalidad relativa de las armas.—IV. Las batallas de Verdun.—V. La situación el 24 de marzo . . . . .	396
<b>MAPAS INTERCALADOS EN EL TEXTO</b>	
La retirada de los ingleses en el Tigris . . . . .	127
Esquema de la batalla naval del Doggerbank. . . . .	218

	Págs.
Plano del terreno donde se desarrollaron los ataques alemanes a últimos de enero de 1916. . . . .	287
Plano del terreno donde tuvieron lugar los ataques alemanes en el valle del Somme, a últimos de enero de 1916. . . . .	287

**MAPAS SUELTOS**

Número XLVIII.—Mapa de los Balkanes.	
Croquis núm. 1.—La batalla de invierno en Masuria.	
» núms. 2 y 3.—La batalla de invierno en Masuria.	
» núm. 4.—La batalla de invierno en Masuria	
Número XLIX. —Teatro de la guerra en Serbia.	
» L. —La Champaña.	
» LI. —Teatro de la guerra en la Alta Alsacia.	
» LII.—La línea del Duina.	
» LIII.—Montenegro y Albania Septentrional.	
» LIV.—La línea del Styr (Volinia).	
» LV.—Alrededores de Salónica.	
» LVI.—Vista panorámica de la región Riga-Kiew.	
» LVII.—Vista panorámica del «boquete» de Belfort y Mulhouse.	
» LVIII.—Alrededores y defensas de Verdun.	

**234 grabados intercalados en el texto**



HEMEROTECA MUNICIPAL  
MADRID







# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 76.—BARCELONA 30 DE OCTUBRE DE 1915

BIBLIOTECA MUNICIPAL  
MADRID



Construcción de un puente de circunstancias sobre un río de Galizia, por los ingenieros austriacos

## CRONICA INTERNACIONAL

I. Síntomas de descomposición.—II. Cuestiones de orden financiero.—III. Ukraina contra Polonia

### I.—Síntomas de descomposición

A la crisis en el gabinete francés, ha seguido la crisis en el británico; precedió a las dos la del Gobierno griego; ¿vendrá pronto la del italiano? es de esperar.

Los Balkanes han sido lo de siempre: la manzana de la discordia, manzana que se disputa el mundo entero y que contiene en su seno los gérmenes de la ira, de la desavenencia, de la ambición... Pero los Balkanes no son más que la cortina que oculta el verdadero objetivo de las disputas entre los pueblos y de las hecatombes sangrientas. Inglaterra y Alemania miran más allá, y con ellas los demás beligerantes, encadenados al carro de los dos grandes imperios, tristes comparsas de los dos gigantes: el Asia menor y la Mesopotamia son los frutos apetecidos, por ellos se lucha y por ellos caen a millares las víctimas. De aquellas regiones desciende el linaje humano, y es ley histórica que hacia ellas vuelva y se encamine cuando se crea llegado a la mayor edad. Inglaterra, vecina del Eufrates, no se atrevió a entrar en él cuando nadie le disputaba la presa; había algo, más fuerte que sus deseos, que la contenía, y perdió mil ocasiones favorables: temía la irritación del mun-

do musulmán. Los millares de soldados indostánicos enviados a Europa y la fuerte represión aplicada a los revoltosos de la India, han allanado el camino; la intervención de Turquía en la guerra y la amenaza contra Egipto, han movido a la Gran Bretaña a romper por todo, y a la Mesopotamia han ido sus soldados. Y he aquí que cuando más tranquila y confiada estaba, se alza el telón en los Balkanes, y un numeroso ejército alemán cruza el Danubio y pisa el suelo serbio, pero con la mirada fija más allá, en Asia. Esa irrupción de los cascos prusianos en los valles del Morava, es el fracaso de toda la política internacional de Inglaterra.

Quiso sujetar en Francia al enemigo y hundirlo en Rusia; cuando se vió impotente en el Oeste, aplicó un nuevo cauterio en la frontera austro-italiana; ¡todo en vano! Alemania arrolló a Rusia, puso un dique defensivo en Francia y otro en los Alpes del Tirol, y resueltamente se encaminó a los Balkanes, puerta que conduce al Asia Menor, al Indostán, a Suez, a Egipto... No necesita llegar a tan remotos parajes, para que el leopardo retroceda aterrado: muchas jornadas delante de las bayonetas prusianas, los alzamientos y la intranquilidad allanarán el paso al atrevido e invencible adversario.



Asquith y Grey trataron de hacer morir por asfixia a los imperios centrales; imaginaron que los millones de soldados de las más diversas nacionalidades neutralizarían las energías íntegras de Austria y Alemania, y dando por realizada esta maniobra política, fueron a Gallípoli en busca de la victoria final. Ahora, es la derrota la que asoma en los Balkanes; se quiso evitar el ataque a Inglaterra, y resulta que todos los éxitos alemanes se utilizan y aprovechan exclusivamente contra ella.

Motivo hay para que la impasible Britania se muestre malhumorada. No persuadida aún de que los pueblos se van cansando de sacrificarse por ella, conmina a Rumanía y Grecia, estimula a Rusia, impreca a Italia; sólo Francia continúa dócil y llena de mansedumbre. El juego es peligroso: si Inglaterra se duerme y no redobla sus gestiones, sus aliados y amigos se excusarán de meterse en nuevas aventuras, y se verá sola; si les importuna demasiado, acaso se rompa la coalición. Los momentos actuales son quizás los más graves de la historia de Inglaterra en los últimos cinco siglos, porque se debate algo más que su victoria o su derrota en la presente guerra: se trata del porvenir de su imperio colonial.

Las torpezas de ahora no serán desaprovechadas por la Gran Bretaña; todavía puede repararlas si obra con habilidad, prudencia y cautela. Lo grave es que ha de llevar a todo un mundo tras de sí, y ha de unificar los intereses y deseos de muchas naciones, para que concurren en provecho de la sagaz Albión. Y como las amarguras y las tribulaciones abren los ojos a los más cándidos y confiados, natural es que la múltiple alianza dé señales de descomposición.

## II.—Cuestiones de orden financiero

Mientras el empréstito anglo-francés en Norte América tropieza con los naturales obstáculos que le opone una banca deseosa de obtener el mayor beneficio y que se vale de la ocasión para lucrarse, el empréstito alemán ha rebasado la estupenda cifra de 12 mil millones de marcos, triplicando la cuantía del primero y duplicando la del segundo.

¿De dónde saca Alemania fuerzas económicas que nadie le reconocía? Ello es fruto de la llamada «organización», auxiliada en este caso por el patriotismo y resultado de un hecho muy sencillo: todo lo que gaste en la guerra queda en el país y vuelve a las arcas del Tesoro. Lo difícil, lo hasta ahora considerado imposible, es el automatismo de este giro económico. El oro se prodiga, paga siempre el Estado en esta clase de moneda, y sin embargo nunca se agota; el que proviene de Bélgica, Norte de Francia y Rusia, sólo es una gota en el mar caudaloso de los presupuestos y gastos de guerra.

El Estado paga en oro, pero los industriales y particulares lo cambian por papel y se reintegra poco menos que en su totalidad, en las arcas de donde salió. Los ingresos y ganancias que la campaña proporciona a fábricas, proveedores, bancas e industrias, retornan al Estado en forma de empréstitos, de suerte que la Hacienda, sin más que dar vueltas a los mismos y constantes capitales, dispone en todos los momentos de las sumas que necesita. El único gravamen para el Erario público está en los intereses de

los empréstitos y en un cierto tanto por ciento que indefectiblemente se pierde fuera del país o es retenido por los particulares; pero como los intereses reingresan en oro en la Hacienda, gracias a la rotación explicada, la masa del capital queda intacta, y dispuesta a nuevas operaciones.

Es evidente que los intereses van creciendo y que, por consiguiente, el valor real del papel disminuye; claro es que un día u otro habrá que satisfacerlos con moneda de oro, que definitivamente quedará en poder del tenedor, y que cuando esto acontezca se quebrará la potencia financiera de Alemania; pero ello es lo mismo que está ocurriendo en todas las naciones beligerantes, con la diferencia en contra de éstas de que una parte, casi la principal de los gastos se hace en pagos en el extranjero y se pierde definitivamente y desde luego.

No será menester que Alemania imponga fabulosas contribuciones de guerra a sus enemigos, si triunfa; porque el quebranto económico de la rotación que ha conseguido establecer, es relativamente poco importante. Pero, si fuera derrotada, la pesadumbre financiera a que los aliados la someterían, acabaría con la resistencia económica del Imperio, y, en tal hipótesis, los acreedores del interior, los tenedores de papel, serán las primeras víctimas porque el Estado tendría que reducir los intereses o suspender su pago. Muerto, además, el comercio alemán, perecería la industria y sobrevendría la miseria. De suerte que el pueblo alemán, al desprenderse del oro y cubrir los empréstitos, no solamente obra por patriotismo, sino también por conveniencia propia, en provecho de la riqueza privada, sólo posible si el laurel de la victoria brilla un día sobre las banderas alemanas. ¡Ejemplo admirable de la sabiduría de todo un pueblo, que ha sabido comprender que no sólo con el fusil se sirve a la patria, y que la suerte de la nación y la del individuo son inseparables!

También Italia va a recurrir a los Estados Unidos, mercado universal de materiales de guerra. Sucumbirá de seguro, a las pretensiones norte-americanas, que ya se han manifestado con claridad con motivo del empréstito anglo-francés. Desean, en efecto, aquellos banqueros que el producto de los empréstitos no salga del país, se destine al pago de los efectos que adquieren los beligerantes, y únicamente en el caso de haber sobrante vaya éste al exterior. Por este método, la ganancia es doble, pero hay que reconocer que la desconfianza que ello implica está justificada por el estado de agotamiento económico en que se encuentra Europa. El triunfo de la doctrina norte-americana podría ser causa de que se adelantase la paz, por insuficiencia de recursos para continuarla, por parte de algunas naciones.

¿Quién podía sospechar, un año atrás, que la poderosa Inglaterra y la riquísima Francia se viesen amenazadas antes que Alemania por una honda crisis financiera? Por mucho dinero que se posea, la guerra lo acaba presto; no es guardándolo y siendo previsor como cabe hacer frente a las eventualidades, sino sabiéndolo mover, esto es, haciendo que la nación se baste a sí misma y pueda prescindir de los productos y mercaderías del extranjero.



### III.—Ukraina contra Polonia

La ocupación austro-alemana del occidente de Rusia ha avivado los sentimientos nacionalistas de una multitud de pueblos, que sólo por la fuerza tasaban el pesado yugo del Gobierno de Petrogrado. Polonia está libertada, y confía en recobrar su autonomía y, en parte, su unidad, bajo el cetro de un monarca austriaco o alemán, entrando a formar parte de la confederación germana o de la austro-húngara. Probable es que estas esperanzas pequen de lisonjeras, y que por lo pronto sólo obtenga el respeto a su idioma y goce de una libertad que creía perdida para siempre. Apenas los rusos evacuaron el territorio polaco, se produjo un fenómeno digno de meditación, porque ha de tener consecuencias, más o menos tarde.

Saben los lectores que la Ukraina es la porción meridional de Rusia, y comprende una superficie mayor que la de Francia, y está poblada por 35 millones de habitantes. Se extiende desde los Cárpatos al Don y los montes del Cáucaso; los ucrainos austriacos (mitad oriental de Galizia) se denominan rutenos, mientras que los de la porción occidental son polacos. Unos y otros están bien avenidos bajo la paternal monarquía de los Hapsburgos, que reconoce los derechos de todos sus pueblos y respeta sus lenguas, religión y costumbres. Más dura la mano de los alemanes, los sentimientos *irredentos* de los polacos y ucrainos fueron a refugiarse en Galizia, y por eso el Gran Duque puso tanto interés y desplegó tanto vigor en la rusificación de aquella provincia, durante el efímero período de su ocupación por los ejércitos del Czar. No se perseguía, en efecto, la asimilación de una comarca austriaca, sino el exterminio de los gérmenes de independencia de los polacos ucrainos rusos.

En las luchas que Ukraina y Polonia sostuvieron con Rusia, en los siglos medioevales, concluyeron por llevar la peor parte, y entonces resolvieron unirse contra el común enemigo. Pero agobiados los ucrainos por los turcos y acometidos por los rusos, pronto su ayuda dejó de ser para los polacos lo valiosa que esperaban, y ello motivó que Polonia guardara menos consideraciones a su aliada y la tratara con superioridad. Rusia se engrandecía y fortalecía, y los dos pueblos del S. y S. O. fueron víctimas del infortunio, precursor de la discordia y de que el más fuerte a la sazón, Polonia, oprimiera al más débil. No tardó Ukraina en arrojarse en brazos de los rusos, y Polonia, minada en su seno por el descontento de sus aliados, sucumbió a su vez y fué reparada, después de la epopeya napoleónica, entre Rusia, Prusia y Austria. No se extinguió, sin embargo, el disgusto entre polacos y ucrainos; más oprimidos, por ser más fuertes, los primeros que los segundos, consoláronse estos últimos con los martirios de los primeros, aunque también ellos fueron despojados de su idioma, privados de sus libertades y atacados en sus creencias.

Hubieran los austro-alemanes conquistado la Volinia, que es ukraina, y entrado en Kiev, capital del antiguo reino, y los dos pueblos quedaran contentos. Pero como el invasor se ha adueñado de toda la Polonia y sólo de una mínima porción de Ukraina, los polacos pretenden que su futuro estado compren-

da también esta parte de su antigua aliada, a lo que oponen los ucrainos que prefieren seguir bajo el yugo ruso o ser absorbidos por Austria, antes que someterse a los polacos. La agitación aumenta; y como los austriacos han restablecido el ucraino (rutenos) en el sector de Volinia que ocupan, y concedido grandes libertades a los habitantes de aquel territorio, ha surgido un fuerte partido que labora por convencer a Alemania de que debe avanzar hacia las riberas del mar Negro, en lugar de costear las del Báltico, única manera, a juicio de esos ucrainos, de no quedar supeditados a los polacos.

Y es muy posible que Alemania proyecte rematar su campaña contra Rusia, arrebatándole la Ukraina y devolviendo a este país su personalidad; empresa que, en todo caso, se llevaría a cabo después de la de los Balkanes, o sea en la primavera próxima. Entre tanto, no sería extraño que los imperios centrales preparasen esta futura campaña militar, con otra política que restaría fuerzas a Rusia, y acaso pusiera en gravísimo peligro el imperio del Czar. Sería entonces Rusia una simple avanzada de Asia en Europa. El proyecto es demasiado grandioso, para tratarlo antes de que los hechos demuestren que es viable.

F. LARIN.

### LA BUROCRACIA RUSA

Personas piadosas e imparciales, que por fortuna nunca faltan, van dando a conocer los horrores de la evacuación forzosa que los ejércitos rusos impusieron a los habitantes de Polonia, Volinia, Lituania y Curlandia. Pero la opinión no les hace caso: está impresionada todavía por las fantásticas tribulaciones de Bélgica, ni mayores ni menores que las de todos los países que tienen la desgracia de servir de teatros de la guerra, y cierra los ojos ante aquellos éxodos de millones de personas arrojadas de sus hogares a viva fuerza; el incendio colosal que devoró lo mejor de Rusia, la destrucción de haciendas y cosechas, el abandono de enfermos, ancianos y niños, las muertes por inanición, el inhumano trato a que estuvieron sometidos aquellos infelices, sobre quienes no se empleó otro razonamiento que el látigo de los cosacos, el paso de ejércitos a través de las muchedumbres de desterrados, en cuyas filas se extendía la muerte tras del espanto... nada de esto es digno de atención, ni merece una indignada palabra de reproche. No obstante, continúan la civilización, el derecho y la justicia, a la orden del día. El mundo es una casa de orates.

Ni los atropellos de la Armenia, ni los cuadros desoladores desarrollados en Tracia y Macedonia en 1912 y 1913, ni acaso las legendarias devastaciones de las hordas de Atila, pueden compararse con lo que han presenciado las provincias occidentales del Imperio ruso. Muchos siglos han de transcurrir y grandes y efectivos tienen que ser los arrepentimientos de Rusia, para que la humanidad, mejor dicho, la posteridad, le perdone la conducta que ha seguido con sus hijos. No han sido los responsables, puesto que el enemigo era el vencedor, los que han pagado las culpas de la derrota; ha recaído exclusivamente el peso sobre los más inocentes, sobre quienes



habían entregado la sangre de su sangre para la mejor defensa del Imperio. La inhumanidad ha corrido parejas con la ingratitud, la arbitrariedad con lo inmotivado, y ni siquiera esta vez el fin ha justificado los medios, porque cuando se apeló a recursos tan extremos la guerra estaba ya resuelta.

¿Quién es el responsable de tamaño desafuero? ¿Será el Czar? El soberano de Rusia no tiene noticia siquiera de lo ocurrido; sus sentimientos caritativos, el amor a sus súbditos, están fuera de duda y se han manifestado en multitud de ocasiones; el monarca ignora lo que se ha hecho con sus vasallos. ¿Habr

franco-inglesa de la célebre retirada de los rusos ante Napoleón, en 1812, y se elogiaban la abnegación y el sacrificio de Rusia, cuando todavía no eran ciertos y evidentes.

El responsable de los tremendos horrores del O. del Imperio no es una persona, ni un conjunto de personas, sino el sistema, el conjunto de engranajes que forman lo que se llama *la burocracia rusa*. El pensamiento mejor intencionado del gobernante, la reforma más sana, la iniciativa más laudable, se pierden y desvanecen en la tupida malla de funcionarios de todos los órdenes y jerarquías, y cuando llegan a

los últimos intérpretes, a los encargados de la aplicación directa, no los conocería el cerebro que los ideó. Cuanto más humilde e ignorante es el funcionario, y allí abundan como en ningún país los de esta especie, tanto más funesta es su intervención, porque les engríe y ofusca la mínima autoridad de que están revestidos, y carecen del criterio y ecuanimidad necesarios para el mando; es común y achaque de la flaqueza humana, que la autoridad degenera en tiranía si el instrumento procede de baja extracción y le falta cultura.

Recuérdese lo acontecido con la autonomía que se prometió a Polonia, por boca del Gran Duque e iniciativa del Czar, al comenzar la guerra. Fué menester que los austro-alemanes expulsaran de aquel infeliz reino a los rusos, para que, fuera de tiempo y ocasión, se concretara en algo aquella solemne oferta. Y lo mismo en todo. La autoridad no dispone de medios para imponer



La plaza del Ministerio de la Guerra de Viena, en el momento de anunciarse la reconquista de Lemberg

de inculparse a un ministro, a un general, a un personaje determinado? Tampoco: el injustificado castigo impuesto a las provincias invadidas no ha contado con el consentimiento, y mucho menos con la orden imperativa de los que rigen la nación. Que desde arriba vino el decreto de la evacuación, es indudable; pero hay muchas maneras de evacuar y cabe dar a este mandato infinitas interpretaciones; para convencerse de ello, no hay más que comparar la forma que revistió la evacuación del O. de Polonia en diciembre de 1914, con la que tuvo la de la región del Vístula en agosto último, y esta última con el asolamiento general de últimos de agosto y todo el mes de septiembre. Y es muy posible que la idea matriz no partiera de la misma Rusia, sino que llegara desde otras regiones, porque antes de que los ejércitos del Czar se decidieran al abandono de centenares de kilómetros, se hablaba ya en la prensa

su voluntad dentro de los límites deseados, ni cuenta con resortes para ejercer la inspección de cómo se han ejecutado sus mandatos.

Lanzada una orden, nadie puede predecir cuáles serán sus resultados, ni siquiera si en una u otra forma llegará a su destino; todo depende de los funcionarios de ínfima jerarquía. Lo peor es que tampoco cabe exigir responsabilidades; el tejido es tan confuso que resulta imposible encontrar a los verdaderos culpables. Destila sangre la justicia que quiso hacerse con motivo del desastre naval de Tsushima, en 1905: las víctimas fueron los héroes que se batieron sin esperanzas de triunfo, los que marcharon impávidos a la muerte y a la derrota, tras un largo camino de martirios y privaciones, y, entre tanto, la burocracia naval, única responsable, seguía tranquilamente en sus funciones. Lo mismo aconteció con los caudillos de Port Artur; no bastó que los japone-



ses elevaran un monumento de admiración a los héroes rusos caídos durante aquel sitio inmortal, ni que testimoniaran todo su respeto y aplauso al caudillo, general Stössel, para evitar que éste fuera condenado a muerte, encerrado en una fortaleza, tras del indulto por el Czar, expulsado, abandonado, y muriera tristemente en la indigencia. Y al mismo tiempo, los grandes concusionarios, los que traficaron con la sangre y el bienestar de las tropas, los incursos en cohecho, aquellos sobre quienes fulminó los rayos de su ira el general Kuropatkin, disfrutaron apaciblemente de sus inmundas ganancias. Ahora mismo, ni la Duma, con todo su poder, ha podido conseguir que sus voces llegaran oportunamente y con franqueza, con la rudeza propia de la verdadera lealtad a oídos del soberano. Nadie compadece a su pueblo tanto como el Czar, pero no es más que un prisionero en cadenas de oro que ha tejido la burocracia.

Rusia es víctima de la fatalidad. Duélese un día y otro sus periódicos de los males sin cuento que provienen de la burocracia; citan a diario hechos que no se comprenderían en otro país. Sin embargo, todo sigue igual, porque lo único que puede acabar con semejante estado de cosas es la unión de los elementos pensadores y laboriosos, muy diferente, antagónica, de una revolución demolidora, con que sueñan algunos espíritus extraviados. El individualismo, la dispersión de voluntades que padece Rusia, tiende a concluir bajo la presión de la masa alemana; y en este concepto, es de esperar que la actual derrota sea presagio de días más felices para aquel dilatado Imperio, que aún no ha comenzado a realizar la obra civilizadora que sin duda le reserva el destino.

Las cuatro fortalezas de Verdún, Toul, Epinal y Belfort son modernas y magníficas, provistas de fuertes acorazados, conformes a las últimas exigencias de la ciencia militar.

Dos fortalezas semejantes defienden la entrada de Alemania: Metz y Estrasburgo.

\*\*\*

Desde los primeros días del mes de agosto fuerzas francesas atravesaron la frontera entre Markirch y Altmünster con la intención, seguramente, de ocupar las alturas y pasos de los Vosgos. Después de penetrar en el territorio alemán, fueron rechazadas,



Uno de los puentes de Lemberg, volado por los rusos

## LA BATALLA DE LORENA

El oriente de Francia, sobre la frontera alemana, está defendido por una línea casi ininterrumpida de fortificaciones desde Verdún hasta Belfort. Esta línea está dividida en dos partes. La primera tiene por terminales las fortalezas de Verdún y de Toul unidas por una cadena de fuertes independientes, yaciendo, ya al uno, ya al otro lado del Mosa, cuya corriente marca la dirección general de la línea. El fragmento Sur de la línea principia con la fortaleza de Epinal y se prolonga hasta la de Belfort. Una barrera de fuertes une estas últimas, sin detenerse en Belfort, sin embargo, pues que el último se posa en las alturas del Montecheroux, frente a la saliente N. O. del territorio suizo. En cambio al N. de Verdún y entre Toul y Epinal ninguna fortificación es visible, a no contar las de Dongwy y Manouvillers que se adelantan hasta la frontera de Luxemburgo y de Lorena, como dos fuertes aislados, si bien potentes.

sin obligarlas a abandonarle por completo. Esta ofensiva se apoyaba en la línea Epinal-Belfort y, al parecer, la llevaba a cabo un cuerpo de ejército y algunos regimientos.

Afirmados los franceses en los Vosgos empezaron la ofensiva entre Toul y Epinal, como la falta de fortificaciones en toda esta línea lo indicaba. Algunas brigadas avanzadas cruzaron la frontera en dirección N. E. El resultado fué la verificación de dos grandes encuentros. El uno tuvo lugar en Lagarde el 11 de agosto. Las tropas alemanas que aquí lucharon fueron las de seguridad. Las enemigas constituían una brigada mixta. De ahí que la infantería lentificara por demás los movimientos de conjunto; defecto grande en un cuerpo de reconocimiento. El empuje de las tropas alemanas fué enorme en un principio, decidido. Los franceses que no esperaban encontrarse tan pronto con el enemigo, recibieron una verdadera sorpresa. Su caballería cogida en parte solamente bajo el fuego alemán, empezaba a ceder. La desmoralización fué grande en las filas de la



infantería y, sin haber librado un combate verdadero, dió muestras de retroceder hacia el S. y las tropas alemanas perseguíanla, acosándola, aunque siempre algo indecisa, temiendo fuerzas francesas de grueso efectivo en las cercanías. Por eso arrojaron al francés sobre el bosque Parroy en dirección de Luneville y volvieron sobre sus pasos hasta detrás de la frontera, con cerca de 1,000 prisioneros en sus manos, dos baterías y algunas ametralladoras.

Mayores dimensiones presentó (aunque de las batallas no se conocen aún detalles exactos sobre su desarrollo) el encuentro de avanzadas francesas con parte del primer cuerpo de ejército bávaro. Es de presumir que las tropas francesas de reconocimiento formaban aquí acaso una brigada. Aunque las que pasaban por Lagarde no suponían la cercanía del enemigo, no por eso se sorprendieron al primer contacto con él. Este se verificó en territorio alemán. Los franceses cedieron ante la superioridad numérica del adversario, para presentar seria resistencia a lo largo del Vézouse, a ambos lados de Cirey. Aquí sufrieron una derrota en toda la línea y emprendieron la retirada hacia el S. E., oponiendo siempre resistencia. Los bávaros los persiguieron hasta Badouville—unos tres kilómetros de la frontera—donde los franceses amenazaron rehacerse. Era el 12 de agosto. Muy considerables fuerzas francesas estaban anunciadas. La retirada era indispensable, sobre la frontera, para reunirse al resto del ejército. Así se hizo en obediencia de la orden del cuartel general. La retirada fué difícil y llena de pérdidas. Empezó el 13. La noche del 14 al 15 hubo un encuentro en Cirey. El 19 alcanzó las posiciones que detrás de Saarburg había sido obligado a ocupar todo el frente alemán, ante la ofensiva francesa.

Los soldados del Kaiser habían ocupado Lieja desde el día 7 y mientras varios fuertes—aún no ocupados—de esa fortaleza estaban a punto de caer, las tropas germánicas avanzaban incontenibles en el interior del país. La avalancha que arrollaba Bélgica llegaría en breve al N. de Francia; Joffre, el generalísimo de los ejércitos de la República, lo sabía y consideró que para ofrecerle resistencia era preciso una preparación oportuna.

En verdad envió fuerzas a Bélgica; pero de seguro con la sola intención de contener un tanto al enemigo. Con el mismo objeto, para distraerle, ordenó una ofensiva general sobre la frontera oriental.

Esta ofensiva parece empezó el día 12. El cuartel general alemán calcula en ocho el número de cuerpos de ejércitos en acción. El ataque salía preponderantemente de las líneas no fortificadas. Al N. de Verdún y entre Toul y Epinal.

El adversario éranlo los ejércitos de los príncipes herederos de Prusia y de Baviera, con siete cuerpos de ejército, cuyas alas extremas se tocaban al N. de Metz. (Mas las guarniciones de Metz y Estrasburgo). El ataque francés rechazó las avanzadas del primero, así como las brigadas del segundo que habían traspasado victoriosas la frontera francesa cerca de Lagarde y de Cirey. Los príncipes recogieron de acuerdo sus fuerzas rápidamente, de manera que casi perdieron el contacto con las tropas francesas. Sólo las avanzadas se tocaban, lo cual produjo escaramuzas, sin mayor importancia.

La línea ocupada por los ejércitos alemanes el

día 19 fué la siguiente: El príncipe imperial alcanzaba al N. con su ala derecha el Luxemburgo belga, cruzaba el ducado del mismo nombre en línea ligeramente inclinada pasando entre Longwy y Luxemburgo; continuaba en la misma dirección hasta Diedenhofen, para seguir luego el curso del Mosela. El del príncipe Ruperto de Baviera uníase al primero en Metz; en esta fortaleza doblaba al oriente, paralelo al camino que conduce de Metz a Estrasburgo, pasando por Courcelles, Beusdorf y Zaber. Sus posiciones flanqueaban el camino, en parte el río Nied, por su lado N. E. y cruzaban en línea recta de Fistingen a Pfalzburgo. Más al S. obraban las fuerzas de la fortaleza de Estrasburgo.

Entre tanto avanzaba el francés, ocupando todas las poblaciones y alturas de importancia, desde el Donon en los Vosgos hasta Longwy.

El ala derecha del ejército alemán adelantaba en Bélgica. Namur estaba alcanzado. Si se había de conservar la unidad de la línea era preciso el avance del ala derecha del ejército del Kronprinz que servía de eje de rotación. Por otra parte, era de temerse que el cuartel general francés reforzara su ala izquierda, requiriendo para ello tropas del ala derecha, para hacer frente a la derecha alemana en frontera franco-belga. Con todo esto, se hacía precisa una ofensiva de los ejércitos de ambos príncipes herederos, que obligaría al enemigo a permanecer con fuerzas considerables en el E. y daría al eje libertad de movimientos.

Así fué. Después de iniciado el fuego por la artillería, el día veinte a las 10 a. m. abandonaron los dos ejércitos sus posiciones. El ataque empezó en toda la línea.

La lucha fué encarnizada, principalmente al N. Sin embargo, en el curso del día fueron los franceses vencidos en todas partes.

Frente al ejército de Federico Guillermo duró aún el combate todo el día y la noche siguiente. En la mañana del 21 ya retrocedía el enemigo, defendiéndose tenazmente. La persecución empezó lenta a ambos lados del fuerte de Longwy, el cual fué sitiado en espera de la artillería pesada, que siguió de cerca.

El avance se efectuó conservando el frente en línea recta, girando sobre el extremo izquierdo, apoyado en Metz. El día 24 la línea del ejército alemán empezaba al N. en Montmedy y seguía el curso del Orthain, tocaba Goudrecourt y seguía la dirección de Ars. Una nueva ofensiva el 25 arrojó a los franceses en tal fuga—a pesar de las posiciones favorables, natural, como artificialmente, que ocupaban—que no les fué posible servirse de las preparadas de antemano en el Mosa, al N. y tras los ríos Loison y Tinte y que se recargaban en Verdún. Los perseguidores atravesaron el Mosa con su ala derecha, batiendo siempre al enemigo. Este logró al fin hacerse fuerte en la ribera del río Aire, en el extremo N. de la selva de Argonne. Para recibirlo se habían cavado fosos y levantado trincheras. Frente a frente se fortificó el alemán.

En el frente de Ruperto de Baviera la decisión de la batalla fué un poco más rápida, en general. Por la noche iniciaba el enemigo la retirada. Focos de mayor resistencia fueron la altura que se levanta al N. E. de Dieuze dominando la planicie al E. y N.,



así como, principalmente, Saarburgo. La primera fué tomada por asalto con grandes pérdidas por parte del atacante, expuesto a la acción mortífera de las ametralladoras francesas. Saarburgo no cayó hasta el 21, mientras a uno y otro lado avanzaba la línea con decisión.

Imposible es referir todas las peripecias de la acción, tanto más cuanto faltan documentos directos al respecto. Baste el trazo de las líneas que el frente de combate presentó en los distintos días subsecuentes. Es de notar que las alas extremas del ejército del príncipe Ruperto se encontraban atadas, al N. en Metz, al S. frente a las cúspides de los Vosgos que mantenía el enemigo en su poder. El avance, que no podía ser por tanto exterminante para el enemigo, se verificó en el centro, si bien un poco inclinado hacia el S. a la altura de Dieuze y Saarburgo.

El resultado de la ofensiva del 20 fué el adelanto del frente hasta la línea Delme, Chateau Salins, Marsal, Saarburg, Dogsburgo.

El día 21 se continuó la ofensiva contra el enemigo que todavía oponía gran resistencia, atacando aquí y allá, principalmente con fuerzas de refresco en St. Quirin (Vosgos). Ese mismo día cayó Saarburgo, quedando el frente en línea general Moncel, Arracourt, Maizieres, Lörchingen—N. de St. Quirin—y en seguida rodeando el Donon hasta Schimeck.

El día 22 intentaron los franceses desde Nancy una contraofensiva sobre el ala derecha alemana, deteniendo el avance de ésta. En Blamont produjéronse asimismo vivos encuentros, a que no resistieron los franceses. Fuerzas de Estrasburgo que ocupaban las alturas cercanas a Scrirmeck, habían pasado el valle de Bench y tomado el pequeño Donon, con pérdidas enormes.

El día 23 no habían vencido los alemanes del todo el ataque procedente de Nancy y una lucha reñida seguía atronando las cercanías de Luneville. El frente alemán describía ese día la línea: O. del Moncel, Luneville, Montigny, Cirey, St. Querin (Sur)—el Mutzig—pequeño Donon.

El día 24 se decidieron las luchas en Luneville en favor del alemán. Entre Baccarat y Blamont el francés huía en dirección de Epinal. El Donon fué asaltado a la bayoneta y el valle del Bench ocupado totalmente por los alemanes. Al terminar el día estaban éstos en Dombasle, Blainviller, Gerbeviller, Bionville, ocupando las pendientes de los Vosgos que se inclinan hacia el valle del Meurthe, hasta Sales.

El día 25 avanzó el primer cuerpo de ejército bávaro en persecución del vencido hasta más allá del Meurthe en la dirección Baccarat-Rombervilliers. Los vencedores de los Vosgos bajaron al S. de St. Die. Antes de avanzar más, había que pensar en las fortalezas de Toul y Epinal, entre las cuales no era prudente arriesgarse. Entre el Meurthe y el Mortagne se escuchó el atronador rugir de los cañones bávaros hasta el día 27, mientras la oficialidad batallaba por contener al soldado embravecido, embriagado por el vapor de la victoria.

Así vió su triste fin el plan de ataque que en el cuartel general francés había halagado tanto los espíritus con sus voluptuosidades de «revanche» y sus resabios de estrategia napoleónica. Pues era un plan

viejo. Mientras el grueso del ejército alemán se internara en Bélgica lentamente, detenido y distraído por belgas y franceses, una ofensiva decidida rompería el ala izquierda entre Metz y los Vosgos, para envolverla en seguida y caer sobre las espaldas de las tropas en Bélgica y el N. de Metz. Tal era el plan sencillo y magnífico, que debía—¡y así hubiera pasado si se hubiera logrado!—destruir por completo al ejército alemán. No habían contado con que las fuerzas teutónicas del ala izquierda fueran tan poderosas. Y como lo eran no sólo para la defensa, sino para ofender a su vez con éxito, todo el proyecto se hizo trizas, como se rompen las olas rumorosas en las peñas de la costa.

J. C. GUERRERO.

## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### De todo un poco

(El señor A).—No entiendo el maremagnum de los Balkanes: Bulgaria declara la guerra a Serbia, Rumanía se calla, Grecia moviliza, Belgrado cae en poder de los austro-alemanes... ¿qué pasará?

—Lo que ha pasado ya: que los ingleses están en Salónica. Tenían miedo por Egipto, y ocuparon los valles del bajo Eufrates y del bajo Tigris; temblaban por el Transvaal, y se han adueñado del Africa occidental alemana; querían abrir el camino de los Dardanelos a Rusia y se han instalado en Gallípoli; protegían la integridad de Bélgica, y Calais y Dunquerque están en sus manos; y ahora, como los austro-alemanes atacan a Serbia, los ingleses se han establecido en Salónica, que era griega. ¡Y decían que no tenían municiones, ni hombres! Si llegan a poseerlos en cantidades bastantes, asusta pensar lo que hubieran ocupado. De un momento a otro espero verles en las islas del Báltico y en las costas del Pacífico, para ayudar a Rusia.

(El señor B).—Todo eso es provisional, y durará poco.

—¡Ya, ya! Veremos quién es el guapo que les reintegra a sus islas. Los alemanes, no serán; ni los austriacos, ni los turcos, ni los rusos...

(El señor B).—Ni falta que hace; ellos mismos evacuarán voluntariamente los territorios momentáneamente ocupados.

—Cuénteselo V. a los franceses, que comienzan a cansarse de pertenecer al coro, mientras otro lleva la batuta; y no le digo a V. que interroge a los italianos, porque aún le están dando vueltas al Isonzo. A propósito de los italianos, cuidado que fué idea peregrina la que se les ocurrió en mayo!

(El señor A).—¿Cuál?

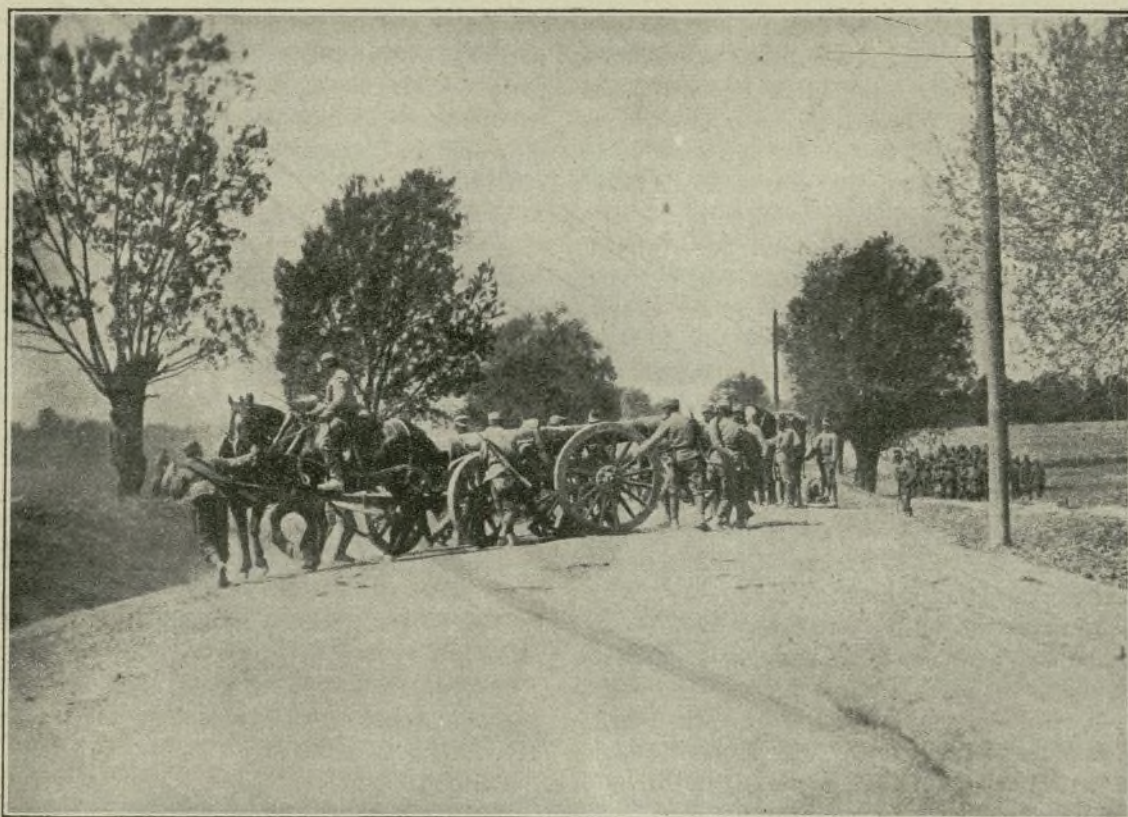
—La de invernar en los Alpes, gozando en su país de una temperatura deliciosa desde noviembre a marzo. Hay gustos que merecen... austriacos.

(El señor A).—¡Qué me cuenta V. de los rusos, a quienes había V. enterrado?

—En el valle de Josafat deben de estar, toda vez que cada día conquistan una multitud de pueblos que no pertenecen a este mundo, por lo menos a Rusia.

(El señor B).—Domine V. sus nervios, don Su-





Artillería pesada austriaca, entrando en posición en Galicia

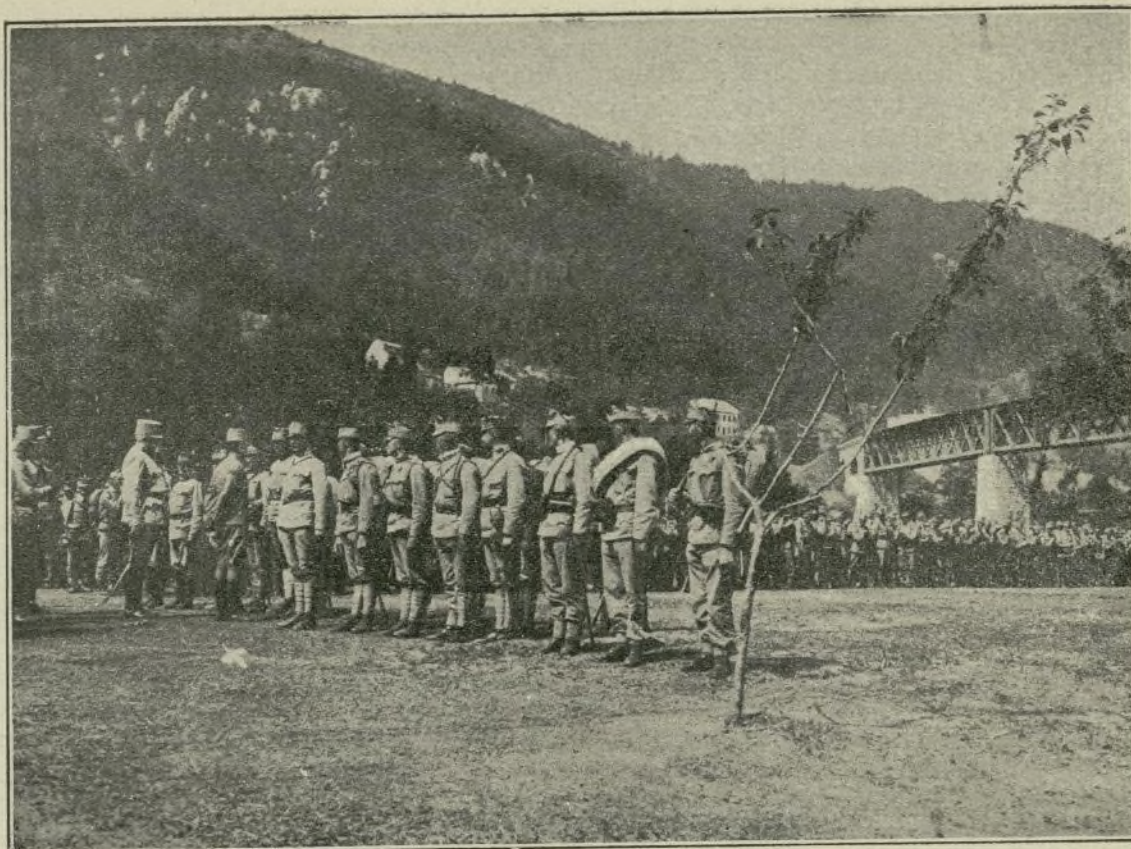


Teniente general von Eichorn, conquistador de la fortaleza Kowno



General von Bessler, conquistador de Amberes y Nowo-Georgiewsk





El archiduque Carlos Francisco José, condecorando a los soldados que se distinguieron en los combates del Isonzo. Detrás se ve el viaducto de Santa Lucía



Mariscal general von Mackensen, vencedor de Polonia rusa y Galizia. Actualmente jefe de las tropas que operan en territorio serbio



General von Falkenhayn, jefe del Estado Mayor alemán

Ayuntamiento de Madrid



brio: 25.000 prisioneros, 125 cañones, veinte kilómetros de trincheras... ¿qué tal, don Subrio, cómo se encuentra V?

—Muy bien, gracias: un poco mareado con los aromas del Champaña, pero, por lo demás, creo que los alemanes se han quedado con la mitad de la vendimia.

(El señor A).—Menuda derrota tuvieron; me río ahora del Marnel!

—Yo me he reído siempre. ¿Qué opinó V. del cierre de las fronteras francesas?

(El señor A).—Que fué una medida de gran sabiduría, para que el enemigo no se enterara de los transportes de tropas.

—¿Cree V. que los alemanes no se enteran de nada cuando Francia cierra sus fronteras? Siendo así, no comprendo por qué las tiene abiertas. El motivo fué otro, tan lastimoso y triste, que ni mencionarlo quiero, por respeto a las víctimas.

(El señor B).—Mejor sería que compadeciera V. a los alemanes; ¡vaya una paliza la que recibieron! Con dos o tres como aquella...

—No queda un francés para contarle. Lleve V. la cuenta, si no: para adelantar cuatro kilómetros perdieron 120.000 hombres; ¿cuántos habrán de sacrificar para llegar a Bélgica, 80 kilómetros? Si no me equivoco, veinte veces más: dos millones cuatrocientos mil hombres; exponiéndose a que para entonces haya terminado la heroica resistencia de Lieja y tampoco queden belgas.

(El señor A).—¿Ni ingleses?

—¡Oh! Esos son inagotables. Por cada mil bajas francesas, los ingleses tienen tres. Si no fuera así ¿quién se encargaría después de la guerra, de arreglar los asuntos de los beligerantes y de los que no lo son?

(El señor B).—Dale con los ingleses! son una pesadilla para V.

—¿Cómo no, si todos los pueblos los tenemos montados sobre las narices? En cuanto un habitante del planeta quiere asomarse al mundo, lo primero que ve es el pabellón inglés.

(El señor B).—Habla V. con tal formalidad, que cualquiera le creería. Aún no le oído expresarse una vez en serio.

—Más vale que lo crea V. así; de otro modo, la vida se nos haría insoportable. A mal tiempo, buena cara; quien canta, sus males...

(El señor A).—Deje V. en su tumba a Sancho, don Subrio, y hablemos de los rusos.

—Como V. guste. ¿Tiene V. buenas noticias de ellos?

(El señor A).—¡Apenas! ¿En qué ha parado el decantado avance alemán?

—En apoderarse de Volinia, de Polonia, de Lituania, de Curlandia y parte de Polisia.

(El señor B).—¿Y Riga, y Moskú, y Kiev, y Petrogrado? ¡Estaban verdes, don Subrio!

—Lo que estaban es heladas, y continúan lo mismo, a pesar de que no ha llegado aún el invierno. ¿Ha oído V. alguna vez que se le dijera a César: ha entrado V. en Rusia y en Escocia y en Escandinavia? ¿Se ha reprochado a Alejandro Magno porque no pisó las fronteras de la China? ¿O es que V. cree que cuando un ejército avanza, le dan cuerda y no cesa de caminar, como el judío errante? Cuando se

pone V. a comer ¿engulle V. sin parar durante días y meses y años? ¡No! Traga V. mientras tiene apetito, y un poco más. Pues esto es lo que han hecho los alemanes. Para entretenerse, se han comido un trozo de Rusia casi como toda España; así que lo hayan digerido, lo cual se facilitará con el ejercicio a que les obliga la actitud bulliciosa de los rusos, devorarán otro tanto. Ellos quedarán contentos, y Vds. archisatisfechos: primero, por la genial retirada de los moskovitas, y segundo porque los invasores no han avanzado un paso más allá de donde se han detenido. ¡Todos habrán resultado victoriosos, de dientes afuera, aunque los chichones no se repartirán por igual!

(El señor A).—¡Es atrevimiento el de V.! ¡Negar el fracaso alemán en Rusia!

—Si a V. le agrada que llamemos fracaso a la empresa realizada por los alemanes en oriente, y victoria inenarrable lo de los cuatro kilómetros en Francia, por mí no hay inconveniente, porque no soy ruso, ni francés. Como también me conformo con el calificativo que dió la prensa inglesa a la conquista del reducto Hohenzollern, no lejos de La Bassée: Victoria *inmortal*, nada más que *inmortal*. ¡Y murió a las cuarenta y ocho horas, porque lo recobraron los alemanes! ¡Si supieran Vds. lo orgullosos y envanecidos que andan los britanos, por codearse con los teutones! Ellos mismos se tienen en más que antes de la guerra.

(El señor B).—¿Otra vez con los ingleses, don Subrio? Se hace V. pesado.

—Pues ¿por qué no los suprimen Vds.? ¿De qué hablamos en verano sino del calor, y del frío en invierno? ¿De qué hablaremos en el mundo, sino de los ingleses?

(El señor A).—Yo le haré cambiar de conversación, señor B. ¿Qué opina V. de los serbios, don Subrio? Hace mucho tiempo que no los mezcla V. en sus conversaciones.

—Sería inhumano. Un pueblo pequeño, que se ha batido heroicamente y no cede ante el empuje de tres poderosos adversarios, merece el respeto universal; tuvo al principio sus pequeños deslices de tomar a nado Semlin y apoderarse en sueños de Sarajevo, pero, para mi capote, eso fueron fantasías de los anglo-franceses.

(El señor A).—¿Y de los turcos?

—No sé cómo se denominan los oficios religiosos en aquellos países; si lo supiera, afirmarí que entre tirios y troyanos se lo dirán de misas.

(El señor B).—Luego, los ingleses ¿derrotarán a los turcos?

—Eso es buscarme las cosquillas, señor B. Sepa usted que los ingleses no derrotan ni han derrotado jamás a ningún pueblo medianamente constituido. Para estos menesteres se han valido siempre de acólitos, que les trillaban el camino; los ingleses se limitan a poner los jalones, para lo cual es claro que han de ocupar el terreno necesario...

(El señor B).—¡Basta, don Subrio! Si no me promete V. dejar de hablar de los ingleses, en lo sucesivo, no vuelvo más.

—¡Concedido! Me limitaré a pensar en ellos, y su nombre no saldrá de mis labios.

(El señor A).—Eres turco—o amigo de los turcos—y no te creo, don Subrio.



—Agradecido al favor. ¡Conque yo amigo de los turcos! ¿Acaso esta idea es de Barrés, o de Maurras o de alguno de esos eminentes franceses con que nos apestan los que no conocen el inglés, ni el alemán, ni el castellano de nuestros tiempos? ¡Ja, ja!

(El señor A).—¿Sabe V. algo de las últimas operaciones de los italianos?

—Me parece que los italianos se han ido con el Gran Duque, porque hace mucho frío en los Alpes, y aquellos y éste se encuentran en un caso parecido. No ignorará V., de seguro, a dónde mandó el Czar a su querido tío.

(El señor A).—Al Cáucaso; ¡vaya una temperatura la que se sentirá allí!

—Por eso, para entrar en calor, es muy conveniente el freir espárragos.

SUBRIO ESCÁPULA

## CUÁNDO LLEGARÁ EL PRINCIPIO DEL FIN

Reproducimos a continuación la última parte de un artículo, escrito por Mr. Joseph Reinach en *Le Figaro*, de París, dedicado a comentar la batalla del 26 de septiembre, por estimarlo uno de los más sensatos entre los infinitos que han glosado la victoria de los aliados. El razonamiento, bastante endeble, es lógico en la apariencia, pero su conclusión es *razonable*. Dice así:

Mi certidumbre en la victoria es de naturaleza moral y al mismo tiempo matemática: moral, porque es imposible que la Europa que representa el derecho sea derrotada; matemática, porque nosotros y nuestros aliados poseemos fuerza suficiente para vencer; nuestro número y nuestra fuerza material han aumentado y no cesarán de crecer, mientras que la fuerza y las reservas alemanas van disminuyendo. Estoy también convencido de que la determinación que puso término a las empresas de Napoleón y de Carlos V, acabará con la resistencia alemana, pero he dicho siempre que la guerra será larga y difícil. La temible máquina de guerra alemana no es fácil de destruir.

Si me piden que señale la fecha probable del fin, no responderé que tres años, o dos, o cuatro; daría la respuesta de Diógenes al viajero que preguntó: «¿cuánto tardaré en llegar a Atenas?» «No lo sé», repuso el filósofo; y cuando el viajero, colérico, continuó su camino a toda prisa, Diógenes le llamó y gritó: «Si marchas siempre a esa velocidad, estarás en Atenas dentro de una hora».

Que me digan la cantidad de granadas, municiones y cañones de todos los calibres que las fábricas inglesas, rusas, francesas e italianas están haciendo; cuántos reclutas se instruyen para trocarse en soldados, soldados verdaderos y no aficionados; hasta qué

punto los cuarteles generales de nuestros diferentes ejércitos han comprendido los cambios extraordinarios que ha sufrido la guerra; y entonces, sólo entonces, podré fijar una fecha aproximada. Cada hombre que se alista en la Gran Bretaña abrevia la duración de la guerra; del mismo modo, cada proyectil que se fabrica a este lado del canal, abrevia la guerra; cualquier interrupción del trabajo, la prolonga. Esto es tan claro, como que dos y dos son cuatro.

En lo que concierne a la guerra de trincheras, el caso es no menos importante y susceptible también de un cálculo matemático. He visto muchas trincheras francesas y británicas; he visto trincheras alemanas conquistadas en Vermelles, Ablain, Carency y otros puntos; a pesar de estar en ruinas parecían inexpugnables. Aquellas combinaciones fantásticas de zapas y trincheras, aquellas fortificaciones que protegían a las ametralladoras, aquellos blockaus, aquellos pueblos y bosques transformados en fortalezas, fueron alemanes y ahora son nuestros. ¿Cómo se consiguió este resultado? Ante todo, por el fuego de la artillería, porque para poner fin a la resistencia de una línea lo mejor es destruirla. Llega entonces el momento de intervenir la infantería, que es la única que puede obtener la victoria. Pero la guerra ha sufrido una transformación. Los clásicos métodos antiguos del ataque de infantería han desaparecido, y ahora los asaltos se efectúan de una sola carrera, bajo una lluvia de fuego, derramándose sucesivamente oleadas humanas que se empujan adelante, los unos a los otros. A esta nueva táctica de la artillería e infantería debemos nuestras victorias.

Estudiemos las consecuencias de estas victorias. Esta guerra no es como la de las batallas de Jena, Austerlitz y Waterloo, ni una simple guerra de sitios como las de Troya, Sebastopol y París; por consiguiente, si alguien ha imaginado, al recibir la noticia de las victorias en Artois y Champaña, que la acción de la caballería consistiría en una frenética persecución, como en Jena o Friedland, se ha equivocado. Los alemanes se han hundido en su segunda línea de defensa, y de ella tendrán que ser desalojados por la misma táctica de infantería y artillería que les ha expulsado de la primera línea; si esto se consigue, se refugiarán en la tercera línea; y cuando por fin sean echados de ella, la victoria, que por ahora sólo es táctica, tendrá consecuencias estratégicas. La victoria en la guerra moderna es mucho más lenta que antiguamente; pero, de todos modos, llegará un día en que habremos rechazado a los alemanes de trincheras en trincheras, hasta sus fronteras; aquel día, y no antes, habremos llegado al principio del fin. No hablemos, por lo tanto, del fin de la guerra, pero fortalezcamos nuestra paciencia y nuestra tenacidad, trabajando por la victoria.

## CRONICA MILITAR

I. El frente austro alemán en Rusia.—II. Ojeada general sobre la marcha de la guerra.—III. Sobre la anunciada expedición de los aliados en socorro de Serbia.—IV. La campaña contra Serbia.—V. La situación el 24 de octubre

### I.—El frente austro-alemán en Rusia

Al interrumpir los alemanes su ofensiva y detener su avance en el teatro oriental, era de esperar

que los rusos, que ya habían comenzado los contraataques, no permanecieran cruzados de brazos, sino que se arrojaran con todas sus fuerzas contra el victorioso invasor; y que aún extremarían más su em-



puje cuando se debilitara el frente alemán por el envío de tropas a otras regiones. Se cree fundadamente que Mackensen opera contra Serbia al frente de 20 a 22 divisiones, de ellas 16 procedentes de Rusia, y que en reemplazo de éstas sólo han llegado al Este de 4 a 6, de donde se infiere que, por lo menos, 160.000 hombres han sido baja en los efectivos opuestos a los rusos.

La concentración de tropas en determinados puntos de las alas, debilita más la densidad media del frente alemán, y este hecho, que no tendría importancia si continuara la ofensiva austro-alemana, la adquiere muy grande desde el momento que son los rusos quienes ejercitan la iniciativa en grandes pedazos de la línea. La extensión desmesurada de ésta, en otro concepto, se presta a la ruptura en uno o varios lugares, descalabro que podría tener inmensas consecuencias estratégicas.

No han obrado jamás los generales alemanes con la ligereza que supondría el haber interrumpido su marcha victoriosa en lugares y momentos arbitrarios, sin adoptar las más serias medidas de precaución y seguridad. Entre ellas, la primera, la estabilidad y fijeza de sus comunicaciones, existió en todo tiempo, supeditándose en ocasiones el avance a la recomposición de unos caminos y nueva construcción de otros. Era necesario también precaverse contra una posible acometida del enemigo sobre los parajes menos guarnecidos; y se imponía, finalmente, una acertada distribución y situación de las reservas, para que acudieran con oportunidad a donde lo demandase el desarrollo de las operaciones. En suma, las precauciones austro-alemanas han sido substancialmente las mismas en Rusia que en Francia.

Pero se equivocaría quien creyera que en el frente oriental se ha recurrido al atrincheramiento continuo, al sistema de cordón. El caso es más fácil de resolver en Rusia que en el Oeste, aunque a primera vista parezca lo contrario.

En Francia, el enemigo es maniobrero, abundan las comunicaciones de todas clases y en todos sentidos, el territorio es rico en recursos; como consecuencia, el peligro es mayor, más inminente e imprevisto. Por el contrario, el ejército ruso es tardo y pesado en sus movimientos, el país está devastado, hay pocos caminos, y extensos pantanos y ciénagas, sobre todo en el centro y a S. E. de Dvinsk, rompen los movimientos de las tropas y se oponen a las operaciones en grande escala.

La seguridad del frente alemán se funda, en Francia, en la resistencia de las trincheras avanzadas; en Rusia tiene como base un buen servicio de exploración, eficaz y completo. Las concentraciones rusas requieren tiempo, la marcha es lenta y el despliegue torpe, porque no existen suficientes vías de comunicación para ejecutarlo. Basta, pues, advertir con oportunidad los movimientos del enemigo, para que aborten sus tentativas si las reservas alemanas están bien colocadas.

Tienen tal importancia las vías de comunicación en el frente oriental, sobre todo en esta época de lluvias, que las grandes operaciones han de desarrollarse forzosamente a su intermediación, y esto reduce de un modo extraordinario las superficies de las zonas peligrosas. En los sectores menos adecuados a una ofensiva rusa, la caballería austro-alemana, en

constante movimiento, vigila, acecha y, en caso de necesidad, aguanta los primeros golpes de un adversario nunca muy numeroso. En los demás, se han establecido, en formación más densa, los cuerpos de ejército. De un modo general, el frente alemán en el Este se compone de varias grandes posiciones atrincheradas, con intervalos más o menos amplios cubiertos por la caballería; en las alas, la organización responde más a los principios de la ofensiva que a los de la defensiva.

Como es natural, la disposición de los atrincheramientos no es la misma que en Francia. Dentro de cada posición no se admite la línea continua, sino la subdivisión en otras parciales que dejan espacios libres intermedios, sujetos al fuego de flanco de aquellas; si el atacante se aventura en ellos, es diezmado y destruido cuando se creía vencedor por haber rebasado la primera línea de defensa. Tampoco hay motivo para apelar a los trabajos de mina, ni se hace mucho caso de las comunicaciones enterradas, pero, en cambio, se multiplican los abrigos para las guarniciones en las mismas trincheras o a su intermediación. La organización defensiva general es, en suma, más sencilla que la del otro frente, y la de detalle mucho más simplificada. La labor principal estriba en la apertura de caminos, reparación de puentes y viaductos y reconstrucción de vías férreas. De las defensas accesorias se hace un uso tan abundante y provechoso como en Francia. Todo ello es consecuencia de que las zonas de ataque son relativamente poco numerosas y de que no es difícil advertir a tiempo la concentración y los movimientos de las grandes masas rusas.

No es tan complejo, pues, como podría creerse, el problema de la seguridad del frente alemán en Rusia, para quienes han sabido resolver el mucho más complicado que se presentaba en el otro teatro de la guerra; sin que esto quiera decir que no requiere minuciosas precauciones y estudios y una vigilancia constante y esmerada. Si los rusos persisten en sus ataques con el mismo negativo éxito que hasta ahora, concluirá por quebrarse su capacidad ofensiva, y Alemania podrá retirar más tropas de allí, para despacharlas a otros frentes; la toma de Dvinsk y la reconquista del extremo de Galizia mejorarían notablemente su situación actual.

## II.—Ojeada general sobre la marcha de la guerra

Fija la atención pública en la diaria y lenta evolución de la guerra, con sus pequeñas alternativas e incidencias, se pierde fácilmente de vista su curso general, a pesar de estar bien manifiesto y patente. Por eso conviene examinar a grandes rasgos cuál era la situación inicial de cada uno de los beligerantes, cuáles sus propósitos, según los revelaban los hechos, y qué resultados han obtenido. De ahí se deducirá si la guerra tiende o no a una resolución definitiva.

Austria inició la campaña, atacando a Rusia y a Serbia, y alcanzando algunos éxitos en los dos teatros; reducida luego a la defensiva, se vió expulsada de Serbia e invadida por Rusia, hasta que, finalmente, con la cooperación de Alemania, conquistó una porción del territorio ruso y ha vuelto a pisar el sue-



lo de Serbia; estos éxitos no son absolutos, porque el extremo de la Galizia oriental se encuentra aún en poder de las tropas del Czar. En su choque con Italia, se contrajo desde el primer momento a la defensiva, actitud en que persevera, abandonando al enemigo algunas fajas, ciertamente poco importantes, del suelo nacional. En conjunto, Austria lleva ventaja sobre sus adversarios, pero los éxitos aún no están consolidados, y por consiguiente se encuentra todavía lejana la solución del conflicto.

Rusia invadió rápidamente la Prusia oriental, derrotó a los austriacos y se apoderó de casi toda la Galizia y Bukovina. Contraatacada más tarde, no sólo perdió sus ganancias, sino que se le ha arrebatado una región tan vasta como España; sus ejércitos han sido repetidamente derrotados, y aplastada su fuerza ofensiva. Lejos de imponer su voluntad a sus enemigos, ha tenido que someterse a la de éstos, y es, entre todos los beligerantes, el más maltrecho. En el Cáucaso mantiene una lucha indecisa y secundaria con Turquía.

Francia, que conocía de antemano por dónde iba a ser invadida, trató de parar el golpe avanzando por la Lorena y extendiéndose por la Alsacia. Vencidos sus ejércitos, hace dieciséis meses que el enemigo se ha establecido en su territorio, sin conseguir desalojarlo de allí no obstante los repetidos y sangrientos esfuerzos intentados para recuperar lo perdido; sólo en la Alsacia alemana ha logrado sostenerse en una minúscula zona, que carece de interés militar. Cuantos esfuerzos ha hecho para que su iniciativa prevalezca sobre la de los alemanes, han fracasado. Está bajo el peso de la invasión, del que no puede libertarse.

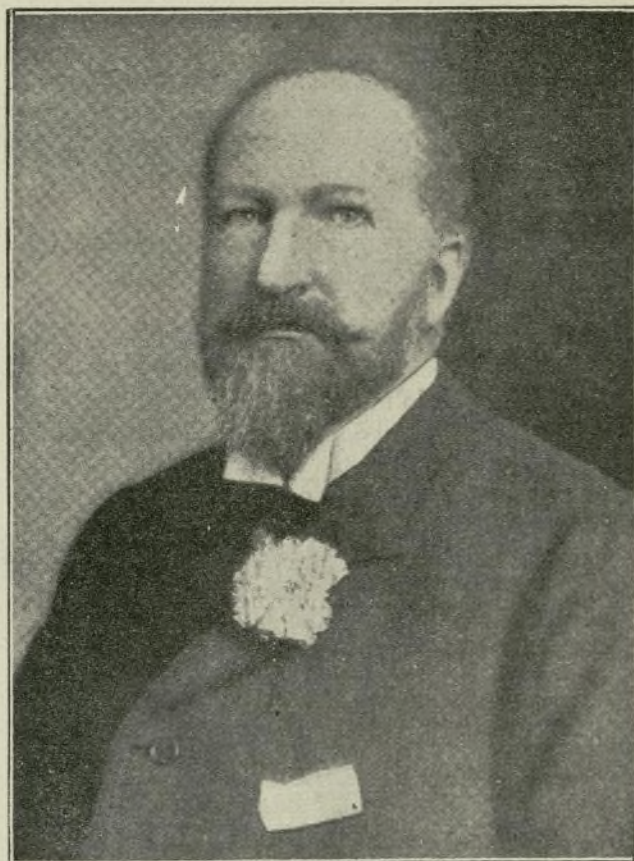
Inglaterra pensó contener a los alemanes en Bélgica, mediante el apoyo prestado a los ejércitos franceses del Norte, y la amenaza dirigida desde Amberes—donde situó algunas tropas—contra el flanco del invasor. Abortados ambos planes, los ingleses participaron de las derrotas francesas, y están también a la defensiva y supeditados a los alemanes. En el aspecto marítimo, Inglaterra desterró de todos los mares del mundo a los barcos alemanes, sin lograr empero destruir la flota enemiga, ni tampoco acabar con las heridas que le están infligiendo los submarinos. Más afortunada en Africa, se ha apoderado de las colonias alemanas del Oeste, y lo mismo ha hecho con las del Pacífico. De concierto con Francia, llevó sus armas a Gallípoli y los Dardanelos, padeciendo serios descabros, no compensados con ventajas positivas. En los valles del Eufrates y Tigris ha sentado su planta. Hasta aquí, teniéndolo todo en cuenta, Inglaterra registra en su haber más ventajas materiales que reveses en su deber, pero su reputación y prestigio han padecido mucho, y el avance de los austro-alemanes hacia los Balkanes amenaza conmover, y acaso derrumbar, el imperio británico en Asia y Norte de Africa. Prescindiendo de esta contingencia, Inglaterra tiene que lamentar el fracaso de sus proyectos, y gravita sobre ella una derrota moral.

Lo mismo puede decirse de Italia, cuyas armas no han podido apoderarse del terreno que el enemigo no evacuó en los primeros momentos; su ofensiva no ha tenido éxito, y desde primeros de junio no ha dado un solo paso hacia adelante. En el concep-

tó general está por debajo de Francia, cuyos ejércitos se han mostrado capaces de luchar con los alemanes.

No es menester hablar de Bélgica; de Serbia, sólo para elogiarla, aunque en estos momentos la desgracia se está abatiendo sobre ella; y Montenegro no influye en la guerra.

Turquía contiene a Rusia en el Cáucaso, ha sufrido algunos descabros en el Tigris, ha tenido que renunciar a sus tentativas contra Egipto, y se defiende victoriosamente en los Dardanelos. No ha ganado ningún provecho material y en algunos puntos de su imperio se encuentra el invasor; pero se



Fernando de Coburgo, Czar de Bulgaria

ha rehabilitado su reputación militar, y sus tropas se batan con fortuna contra las de tres grandes potencias.

Alemania no logró en el Oeste todo lo que se proponía, mas la labor cumplida—la conquista del reino de Bélgica y de algunos departamentos franceses—equivale al fruto de una campaña afortunada, y excede de cuanto hasta ahora ha podido imaginar cualquiera otra nación; en el Este, ha caído en sus manos una porción de Rusia tan grande como España, y en los Balkanes está desarrollando una invasión afortunada. Tampoco está libre de enemigos su suelo, por hallarse los franceses en el extremo de la Alsacia, si bien esta desventaja desaparece ante la magnitud de sus éxitos.

De este recuerdo de los acontecimientos pasados se deduce que, hasta ahora, el grupo de los imperios centrales lleva la mejor parte en la guerra y puede considerarse vencedor. Enfocando la cuestión desde otro punto de vista, se llega a la misma consecuen-



cia y el resultado se destaca con trazos más vigorosos y salientes.

Los aliados no han sido capaces de rechazar a los austro-alemanes hasta las fronteras de donde no debieron salir; las fuerzas que han llevado a otro teatro—el turco—tampoco han podido moverse más allá de sus posiciones iniciales. En cambio, Alemania ha detenido su ofensiva en los dos frentes en el momento y ocasión que le ha parecido conveniente, después de éxitos que nadie ha logrado arrebatarse y dispone de un margen de fuerzas que le permite emprender nuevas operaciones. Es decir, que mientras los aliados se debaten impotentes contra el yugo en que Alemania tiene a reinos y provincias, los ejércitos del Kaiser imponen su voluntad en todos los teatros, llevan la guerra a donde les conviene, se apuntan éxitos doquiera y, lo que predomina sobre todo, ejercitan libremente su iniciativa, ante la que han de ceder sus adversarios. Puede decirse que Alemania y Austria hacen la guerra, y los aliados la soportan y se resignan por la fuerza.

### III.—Sobre la anunciada expedición de los aliados en socorro de Serbia

Admitiendo, y no es poco suponer, que los aliados reunan un fuerte ejército en las costas de la Macedonia griega, y lo lancen después hacia el N., por el valle del Vardar, al encuentro de los serbios, se desenvolverá una campaña basada en lo que en estrategia se llama empleo de las líneas interiores. Consiste en maniobrar desde una región central contra los cuerpos enemigos establecidos en dos o más puntos de la periferia. Ejemplos de este método han sido la primera campaña de Hindenburg en la Prusia oriental, y el primer período de la invasión de Bélgica por los alemanes. Se emplea comunmente cuando el enemigo es más numeroso, y el caso suele presentarse en la guerra de una sola potencia contra la coalición de varias. Por eso Napoleón se valió con frecuencia de las líneas interiores, y por eso también los imperios centrales están operando en el conjunto de todos los teatros, según las mismas líneas, mientras que los aliados se mueven en las exteriores.

No ha de creerse que es potestativa del general en jefe la elección de este método; la geografía y la situación inicial de los ejércitos suelen imprimir determinados caracteres a los métodos estratégicos, hasta el punto de que es más hacedero el abandono de las líneas interiores y su substitución por las maniobras de flanco, aisladas o combinadas con el ataque frontal (segunda campaña de Hindenburg en Polonia y reconquista de la Galizia occidental), que el paso desde una posición de ala o exterior a la línea interior. Hay ocasiones, sin embargo, en que no cabe elegir, y ha de afrontarse la situación tal como se presenta.

La línea interior da la posibilidad de caer sobre aquel de los ejércitos adversarios cuya posición sea más falsa, batirlo, y arrojarlo inmediatamente contra otro grupo; no es menester derrotarlos a todos en detalle para alcanzar la victoria general, toda vez que uno o dos éxitos parciales comprometen siempre la situación de los demás ejércitos y les obligan a la retirada. Se comprende desde luego que para

operar con éxito por las líneas interiores se han de cumplir, aparte de otros, dos requisitos esenciales: que el ejército propio sea más maniobrero que los rivales, y que el terreno y las comunicaciones consientan y faciliten las marchas y las traslaciones rápidas de las tropas de un punto a otro, de lo contrario, la posición interior sólo conducirá a un desastre por aplastamiento. Ha de haber gran diferencia entre las calidades de las tropas de los dos partidos y entre los talentos de sus generales, para que las ventajas de las líneas interiores superen a sus inconvenientes. Estos son siempre positivos y ciertos, y problemáticas las primeras. A veces no hay lugar a discutir, se ha de aceptar la situación estratégica tal como se presenta, y el método a emplear está dictado por las circunstancias, que es lo que les ha ocurrido a Alemania y Austria-Hungría; otras, en cambio, cabe substraerse a ellas.

Si los aliados, desde Salónica y el litoral del Egeo, se internan en Macedonia para darse la mano con los serbios, aceptarán voluntariamente los riesgos y beneficios de la línea interior, porque tendrán a los turcos y búlgaros en uno de sus flancos, a los insurgentes albaneses en el otro, y a los mismos búlgaros y a los austro-alemanes en frente. Es verdad que sus adversarios pertenecerán a cinco nacionalidades diferentes, pero ¿satisfará la línea interior de operaciones los requisitos antes mencionados? Es indudable que no. Carece la Macedonia, y también Serbia, de caminos buenos y en cantidad suficiente para mover las masas de un lugar a otro, no aventajan los aliados a los austro-alemanes en capacidad maniobrera, y, principalmente, es tan menguado el teatro de la guerra, que no hay lugar ni espacio para desarrollar el ataque contra un grupo antes de que otro acuda en su socorro. En estas condiciones, la línea interior deja de serlo en el concepto estratégico, y degenera en una simple marcha a la desfilada, entre enemigos, la menos recomendable de todas. Como en la guerra nada hay imposible, acaso los aliados sortearan los peligros y alcanzaran el objetivo deseado, pero tienen en contra suya veinte probabilidades de veintiuna.

Otra cosa sería si se comenzara por dominar la Albania y se entrara desde allí en la Macedonia a la vez que remontando el valle del Vardar, y todavía fuera preferible—aunque no hay que pensar en ello—alcanzar desde la frontera austriaca el distrito de Novi Bazar.

Los recursos a que pueden apelar los aliados para descartar los riesgos de una expedición en socorro directo de Serbia, agravarían los inconvenientes en lugar de atenuarlos. La conquista de Albania exigiría más tiempo del que necesitan los austro-alemanes para efectuar su reunión con los búlgaros; el desembarco en el litoral búlgaro o en el turco, para atraer hacia él una parte de los ejércitos enemigos, plantearía otras tantas situaciones aún peores que las de Gallípoli, y como los aliados carecen de fuerzas para tantas atenciones, serían débiles en todos los puntos; la invasión de Bulgaria partiendo de la Macedonia griega, exigiría no menos de 400 mil hombres y unos convoyes marítimos sin precedentes. No cabe encontrar solución satisfactoria cuando todo se presenta adverso; por este motivo, precisamente, han llevado los austro-alemanes la guerra a



los Balkanes. El único factor favorable a los aliados se encuentra en la resistencia serbia, pero hay el temor de que se desaliente el pequeño y heroico pueblo si no se acude pronto en su auxilio y se le abandona a sus propias fuerzas.

Necesaria es esta ayuda, pero, si se la presta, el desastre, rebasando a los serbios, puede abrazar a los aliados, que encontrarían en los Balkanes la derrota final que hasta ahora han podido evitar en Francia y Rusia. No es de creer que sus generales no se den cuenta de tan fatal eventualidad, y se aventuren en un callejón sin salida. Lo probable es que las operaciones de los aliados en favor de Serbia tengan el mismo carácter que las que desarrollaron en apoyo de Bélgica, enderezadas exclusivamente a prolongar la resistencia de los serbios, como antes la de los belgas, sin comprometer las propias fuerzas, por el simple acto de eficacia moral, de la presencia de algunas tropas cerca o en el mismo teatro de la guerra.

Este partido es el más juicioso, y no excluye la única solución favorable, antes da tiempo para alcanzarla: la intervención de Rumanía y Grecia al lado de los aliados. En resolución todo induce a creer que la diplomacia de los aliados trabajará en los Balkanes más que las armas, y que los ejércitos obrarán más por su presencia que por las operaciones que emprendan contra sus enemigos.

#### IV.—La campaña contra Serbia

La concentración de tropas austro-alemanas al N. del Danubio que, en vez de mantenerse callada, se propaló a todas partes, tuvo como consecuencia natural el atraer hacia la frontera austriaca al grueso del ejército serbio; el paso a viva fuerza del Danubio contribuyó a que se robusteciera la creencia de que el peligro estaba en el Norte, y como Bulgaria, a la sazón, no había definido su actitud, sólo se apostaron en la frontera occidental algunos destacamentos.

La ofensiva comenzó, en efecto, en el Danubio, y la apoyaron los búlgaros, poco después, atacando en el sector del bajo Timok, en la dirección de Negotin. Fija así la atención de los serbios en la parte septentrional de su reino, los búlgaros atravesaron la frontera más al S., avanzando resueltamente en tres direcciones: por el valle del Nisava, hacia Pirot, en la vía férrea de Sófia a Nisch, hacia Vrania, en el Morava, cerca de la antigua frontera turco-serbia; y en el amplio frente Egri Palanka-valle del Bregalnitz, sobre el Vardar. Resistieron enérgicamente los serbios en el N., pero, careciendo de fuerzas para oponerse a un ataque tan amplio, tuvieron que ceder rápidamente terreno en el S.

La ofensiva austro-alemana y la búlgara no persiguen los mismos objetivos militares. El ejército austriaco de von Kôwes, a la derecha (Oeste) y el alemán de von Gallvitz, a la izquierda (Este), avanzan sin prisas, afirmándose y destruyendo todo vestigio de resistencia en el terreno que van ocupando; están ahora a unos 50 kilómetros al S. del Danubio, y su propósito es dominar por completo el territorio que conquistan, acabar con Serbia, y no meramente abrirse paso hasta ponerse en contacto con los búlgaros.

Estos, al contrario, se proponen envolver por la

espalda a los serbios, para facilitar las operaciones de los austro-alemanes, y cortar sus comunicaciones con Grecia, por donde recibían el material de guerra y las municiones de que tanto necesitan. Por el momento ha quedado conseguido este objetivo, toda vez que Vrania, Kumanovo y Veles (Kûprûlu) han caído en poder de los búlgaros, resultando cortada en dos puntos (Kumanovo y Vrania) la vía férrea de Salónica a Nisch, y en un punto (Veles) la de Salónica a Mitrovitz, o sean los dos ferrocarriles de que se valía Serbia para sus abastecimientos. Si Uskuk, punto de bifurcación de ambas líneas, es ocupado también por los búlgaros, la resistencia del ejército serbio será de corta duración.

La maniobra decisiva ha quedado, pues, encomendada a los búlgaros; pero, para ejecutarla, han tenido que desplegar en un frente tan vasto, que es difícil sean fuertes en ningún punto. Si los serbios tuvieran libertad de movimientos, es de suponer que retrocedieran a toda prisa en el N. y acumularan sus efectivos contra los búlgaros que se mueven en el alto Morava y el Vardar, tratando de arrojarlos hacia el E. y abrir de nuevo las comunicaciones con Grecia. Antes de que trasladen su frente desde el N. al S., es probable que los búlgaros hayan establecido el enlace entre las columnas de Vrania, Kumanovo y Veles, constituyendo un ejército bastante fuerte para contener las reacciones del enemigo. Al mismo tiempo, es claro que los ejércitos de Kôwes y Gallvitz apresurarían la marcha, y los serbios podrían verse en un aprieto. Para trasladar parte de sus efectivos desde el N. al alto Morava, tendrían que valerse los serbios de la línea Belgrado-Nisch que está ya seriamente amenazada de flanco por el movimiento de otra columna búlgara, la cual desciende por el valle del Nisava, hacia Nisch, y ha rebasado Pirot. Tiene, pues, pocas probabilidades de éxito la contraofensiva serbia contra los búlgaros. En este caso, el invadido no dispone de verdaderas líneas interiores, toda vez que tales líneas presentan el flanco, en toda su longitud, a los golpes de los búlgaros.

En estas circunstancias tan angustiosas para los serbios, un nuevo ataque acaba de pronunciarse contra su región del N. O.: un contingente austro-alemán ha salvado el Drina, por Visegrad, y entrado en Serbia. Posible es que esta invasión se relacione con otra dirigida contra Montenegro.

Agotados por una lucha de cinco meses contra Austria-Hungría, lucha en la que cometieron el error de tomar la ofensiva y padecer bajas innecesarias e inútiles, víctimas luego de una epidemia que asoló el país; y oscurecidos y relegados a segundo término, por sus aliados, en los últimos tiempos, no se encuentran los serbios en estado de hacer frente al ataque concéntrico de que son objeto. Lo más sensible para ellos no es el ceder terreno, sino el tener cortadas sus comunicaciones. Careciendo de fábricas de armas y municiones, dependen del extranjero, y si los aliados no se dan prisa en ayudarles, habrán de deponer las armas antes de mucho.

Los aliados pueden apoyar a Serbia en tres direcciones. La mejor es desde Salónica y el golfo de Kavala. Subiendo por los valles del Struma y Vardar, cogerían de revés a los búlgaros, pero se expondrían a los golpes de flanco de un ejército turco, que



se está reuniendo en la frontera greco-búlgara. He expuesto ya las dificultades de una expedición de los aliados hacia Serbia, y no es menester insistir de nuevo en ellas; no debe perderse de vista que Grecia puede abrazar en cualquier momento la causa de los austro-alemanes, poniendo en posición desesperada a los aliados. Los italianos acaso desembarquen en las costas de Albania y traten de abrirse paso hasta llegar a Serbia; esta operación sería lenta y más difícil, si cabe, que la anterior, porque los albaneses se han alzado contra los serbios, y amparándose en los desfiladeros de sus montañas, muy propias para una guerra de partidarios, opondrían grandísimos obstáculos a la invasión italiana.

Finalmente, ha de tenerse en cuenta la ayuda de Rusia. El avance a través de Rumanía exigiría un fuerte ejército, del que no es probable disponga aquel Imperio, y llevaría consigo complicaciones que ni la misma diplomacia puede prever; y un desembarco en las costas de Bulgaria tendría todos los caracteres de una aventura desesperada. En resumen, si los aliados se deciden a auxiliar a Serbia, lo harán ante todo por Salónica y el Vardar; como la situación afflictiva de los serbios no puede prolongarse muchas semanas, es de extremada urgencia que se vaya en su socorro. Una expedición tardía, ni favorecería al pequeño reino, ni tendría otro resultado que el aumento de los peligros, siempre graves y ciertos, que rodearían a los aliados, apenas desembarcasen sobre Krivolak.

#### V.—La situación el 24 de octubre

En el teatro oriental, no se ha interrumpido la actividad alemana a lo largo de la línea del Duina, donde los rusos presentan una resistencia extraordinaria, a pesar de la cual van perdiendo terreno lentamente. Se libran pequeños combates en el centro; y en el S., a la ofensiva rusa, que se desarrolló en las dos orillas del Styr, han respondido los contraataques austro-húngaros, que están rechazando a su enemigo. Se observa que en la actualidad el sector Sur es el más interesante para los rusos, y ello se explica perfectamente, mientras que el actual objetivo alemán está en el N. La lucha en este frente promete ser larga, de no intervenir en ella reservas suficientes de uno de los dos bandos.

No se ha detenido el avance austro-alemán en Serbia, ni tampoco el de los búlgaros. Hay indicios de que el grueso de las tropas serbias tiende a replegarse en dirección S. E., huyendo de ser atacado de revés por los búlgaros. Con una avanzada de éstos se ha puesto en contacto un destacamento francés, trabándose una escaramuza sin importancia. No es de presumir que los anglo-franceses se internen resueltamente en Macedonia, antes de que se despeje la situación en su flanco derecho; casi todas las fuerzas desembarcadas en Salónica proceden de Gallípoli, con lo cual dicho está que no son bastante

fuertes para emprender enseguida una operación seria. Las incursiones de algunos destacamentos en Macedonia serbia tienen como principal finalidad el reanimar la moral, bastante decaída, de las tropas del pequeño reino. Una escuadra formada por barcos británicos, franceses y rusos, ha cañoneado la ciudad y el puerto búlgaros de Dedeagatch y el litoral inmediato, sin intentar el desembarco.

En el frente occidental nada ocurre digno de mención. Los alemanes son quienes guardan una actitud más agresiva, pero la situación no se ha modificado.

Los italianos, después de un violento cañoneo de cincuenta horas, han emprendido la ofensiva en grande escala contra las posiciones austriacas del Isonzo medio y el Carso. La batalla fué muy dura y no ha terminado aún. Algunas ventajas obtenidas por los italianos en ciertos puntos, quedaron anuladas por los contraataques del defensor, que afirma se mantiene en todas sus posiciones. Para apoyar mejor la ofensiva, los italianos la desarrollaron en casi todo el frente del Tirol y el Trentino, llamando la atención del adversario hacia puntos que no iban a ser objeto del esfuerzo principal. Como la lucha prosigue, tal vez se produzca en este teatro un acontecimiento que en vano han buscado los franceses en el O. y los rusos en el E.; no es probable, sin embargo, porque en esta lucha de posiciones si el éxito no se obtiene pronto, las dificultades al avance aumentan extraordinariamente.

Es de creer que así como las batallas de fines de septiembre en Artois y Champagne fueron originadas por la agresión a Serbia, el actual ataque de los italianos reconoce la misma causa. Se ayuda, en efecto, mejor a Serbia, atacando al enemigo que se tiene a la mano, que emprendiendo expediciones aventuradas y de lenta preparación; y, además, se obtiene la ventaja de laborar más directamente en provecho propio. Es muy posible que la ofensiva italiana tenga otra finalidad: la justificación de no tomar parte ese ejército en las operaciones anglo-francesas en Macedonia; porque como hay dos maneras de cooperar en la empresa promovida por Inglaterra, la adopción de uno de los métodos excusa el servirse del otro. Sea como quiera, puede tenerse por seguro que la batalla del 23 de octubre y días siguientes, no entraba en los planes del cuartel general italiano y ha sido impuesta por las circunstancias. Suponiendo que fracase esta ofensiva, no quedarán los italianos en aptitud de aportar un auxilio muy eficaz a los serbios, y se justificará su abstención.

En el Cáucaso se ha reanudado la lucha, sin duda con el objeto de ejercer presión sobre Persia; no hay que esperar que la decisión venga de aquel teatro.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

25 octubre 1915.